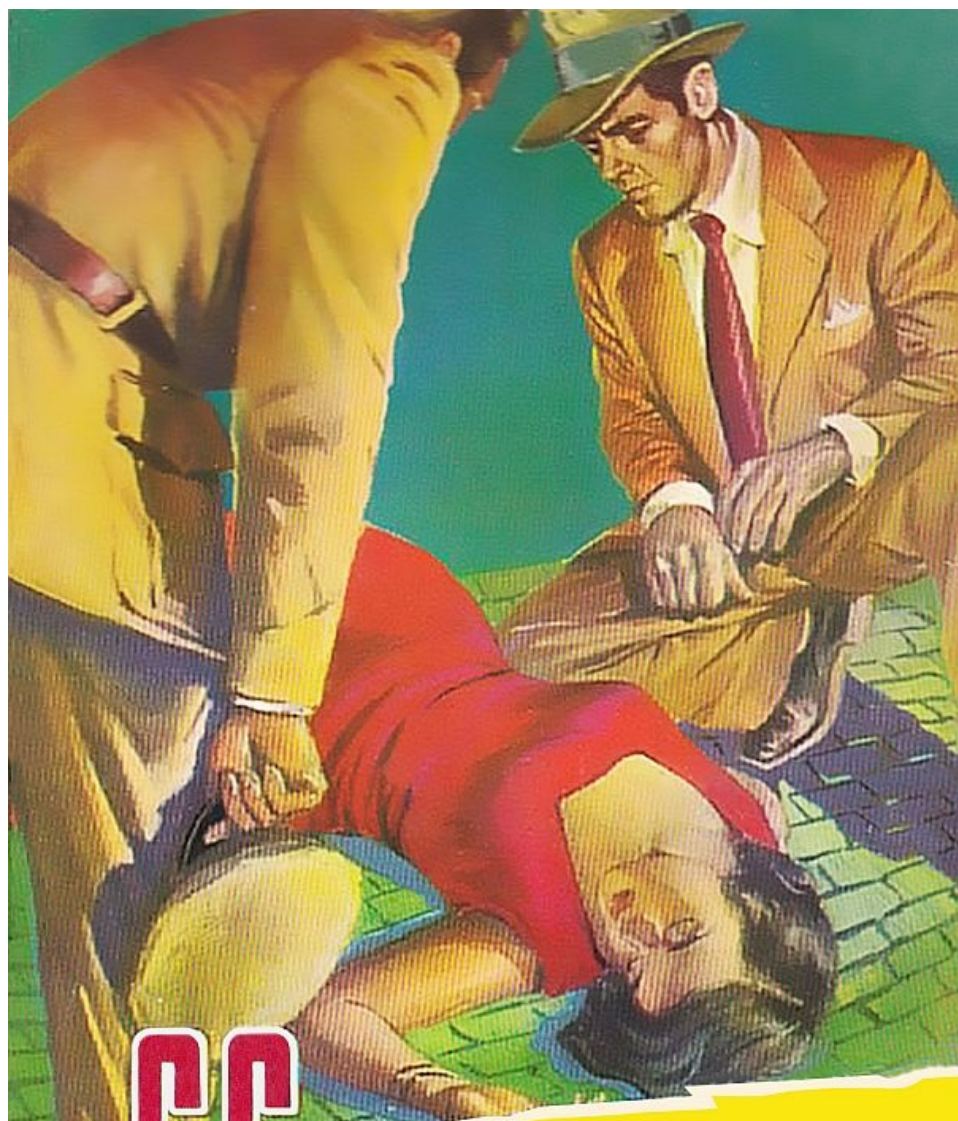




SS

**SERVICIO
SECRETO**

MARK HALLORAN

JUGANDO A se MUERTOS

Estaba empapado en sudor, y vacío, agotado, con la boca seca. Se daba cuenta de todo esto de una manera lejana.

Al intentar moverse, apenas lo consiguió. Sintió como si tuviera el cuerpo lleno de quemaduras, un hormigueo siniestro le recorría las extremidades.

«Me voy a morir pensó de pronto. No es posible, no es posible, ¡no es posible!».

Quiso levantarse. Casi lo hizo. Luego se derrumbó inconsciente sobre el diván.



Mark Halloran

Jugando a muertos

Bolsilibros: Servicio Secreto - 338

ePub r1.0

jala y xico_weno 05.12.17

Título original: *Jugando a muertos*
Mark Halloran, 1957

Editor digital: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Mark Halloran

Jugando a muertos

1ª EDICIÓN
ENERO — 1957

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

JUGANDO a MUERTOS



MARK HALLORAN.

CAPÍTULO PRIMERO

El alcaide dijo:

—Buena guardia, Randy.

Randy se detuvo en el umbral, le miró y le dio las gracias con un gesto. En el despacho reinaba una buena temperatura, no el bochorno del exterior. La instalación de aire acondicionado mantenía un ambiente limpio y fresco, que a Randy le inspiraba un poco de envidia.

Respondió:

—Hasta mañana, Edwin. Diviértete.

La escena, y casi las mismas palabras, se repetían a menudo. No era cosa nueva que el alcaide se quedara a dormir en su despacho del penal. Lo hacía siempre que su mujer se marchaba al campo, y ella era muy dada a marcharse al campo. Sus padres tenían una hacienda en Balato, buen sitio, a orillas del curso alto del Demerara.

Edwin Butler, el alcaide, pasaba entonces el sábado y el domingo en la prisión. Se acostaba en el diván, leía, fumaba y bebía. Era un hombre que gustaba de los criminales encarcelados, o sea que tenía gustos decadentes. Jamás se quedaba en su casa de Flynn Square, a pesar de que vivía rodeado de comodidades en ella. Jamás. Si se marchaba su esposa, cosía un par de libros, tabaco y un frasco de *whisky* y se instalaba entre criminales hasta su regreso. Randy Corcoran, que era el comandante de la guardia, siempre le había visto comportarse así.

Al parecer, a Butler y a Corcoran los unía una vieja amistad. Ambos eran norteamericanos y ambos decían haberse conocido en Texas, sirviendo en el Ejército de los Estados Unidos. Corcoran había conseguido su presente cargo por intermedio de Butler poco después de que éste fuera nombrado director del penal. Ambos

llevaban aproximadamente el mismo tiempo en la Guayana. Ambos eran el mismo tipo de hombre, tanto moral como físicamente. Ambos experimentaban chupando *whisky* la misma clase de placer.

Corcoran, tras abandonar el despacho de su jefe, se dirigió al cuerpo de guardia para instalarse en el suyo. Sus subalternos se habían hecho cargo de los puestos respectivos. En el cuarto sólo quedaban dos, y ya tenían dispuesta la mesa para las habituales partidas de póker nocturnas. El calor era allí bastante más intenso.

Por su parte, Edwin Butler abrió el armario ropero, se despojó de la chaqueta y la colgó de una percha, cuidadosamente. Se arremangó la camisa. Encendió la lámpara de la mesa y apagó el resto de las luces. Luego se sentó a leer el informe diario, que Randy Corcoran acababa de entregarle, y al cabo de un rato llamó por teléfono a, ni esposa, en Balato. Todo iba bien. Un saludo. Muchos recuerdos. Adiós. Butler ahogó un bostezo antes de que la breve conversación terminase.

No tardó en tenderse en el diván, con un vaso lleno de *whisky* y hielo, sin soda. Sobre el penal había descendido un húmedo y espeso silencio.

El alcaide no se durmió hasta después del tercer vaso, aproximadamente a la hora en que a Randy le pisaban un trío con una escalera de color.

El día siguiente, domingo, transcurrió con gran tranquilidad. Los presos dormitaban en los lugares más frescos del patio: los lugares no eran muchos, pero ellos tampoco. No hubo otras incidencias que los servicios religiosos de costumbre.

No fue una incidencia que Edwin Butler se sintiera ligeramente indispuerto. Se lo dijo a Corcoran:

—Abatido —concretó—. Abatido y febril. Incómodo.

—Ponte el termómetro —le contestó aquél.

En el clima, tropical de la Guayana no eran raras las personas que se sentían febriles y abatidas.

—Ponerme el termómetro no me aliviará.

—Pues toma quinina.

Corcoran no supo si Edwin había tomado o no quinina. Lo cierto es que se olvidó del asunto. Algo, empero, iba a recordárselo; algo que ocurrió a primera hora de la noche y que bien pudo ser considerado, por lo menos para la rutina del penal, la primera

incidencia del día. Un detalle.

El comandante de la guardia estaba con Edwin, en el despacho de éste, cuando el alcaide recibió una llamada telefónica.

—Sí, yo soy —le oyó decir—. ¿Quién es usted?

Corcoran miraba en aquel momento a su jefe. Vio con la mayor claridad cómo su cara adquiriría el color del marfil mientras escuchaba la larga perorata del interlocutor situado al otro extremo del hilo. Observó que su respiración se volvía fatigosa. En seguida, Edwin dijo con voz velada:

—Aguarde... un instante. —Tapó con la mano el micrófono, y añadió para su subordinado—: Randy, ¿quieres dejarme solo, por favor?

Corcoran preguntó instintivamente:

—¿Algo malo?

—No. Por favor, Randy...

Randy obedeció, aunque muy extrañado. Nunca había presenciado cosa igual. Hasta entonces, invariablemente, fuera cual fuese el asunto que se hallaba en discusión, el alcaide depositó en él toda su confianza. Toda. Ni un secreto, ni siquiera en lo tocante a su vida íntima.

Y ahora, este detalle.

El comandante se dirigió con el ceño fruncido hacia el cuerpo de guardia, y de allí pasó al patio. Uno de los presos estaba sentado en los peldaños por donde se bajaba al recinto. Era un joven mestizo llamado Oliver, procedente de Trinidad, que cumplía una condena de doce años. Un joven tranquilo. Randy, en aquel momento, se sorprendió de verle sumamente nervioso.

—Le esperaba a usted, señor —el mestizo se había puesto en pie y se restregaba las manos—. Necesito... necesito que me consiga una entrevista con el alcaide. Se lo he dicho a Shelton.

Shelton era uno de los guardianes.

—¿Qué te pasa?

—No es a mí. Se trata de mi mujer. Shelton me ha dado la noticia: un auto la ha cogido y está grave. Quiero verla, señor. Shelton me ha dicho que eso es imposible, pero usted y el alcaide no me lo dirán. Ustedes no pueden decírmelo, señor.

—Temo... —empezó Randy. Se interrumpió—. Hablaré con el alcaide —añadió en otro tono—. No te aseguro nada, Oliver.

—Gracias, señor.

El comandante esperó diez minutos, y volvió al despacho de su jefe. Edwin estaba con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos. Tenía mal aspecto.

—¿Te sientes peor?

—Me siento hecho un asco —dijo el alcaide, con cierta violencia—. No creo que sea nada grave, pero algo hay en mí que no funciona como es debido. He avisado al médico.

Randy estuvo a punto de aludir a la reciente llamada telefónica, pero se contuvo.

—Oliver quiere verte. Es importante.

—¿Oliver?

—Ese muchacho de Trinidad. Habrá que tenderle una mano, Edwin. Recuerda que se cargó a un funcionario inglés porque se tomaba excesivo interés por su esposa; un interés, como si dijéramos, colonialista. Ningún juez inglés hubiera sido capaz de comprender su posición, de modo que le condenaron a doce años. Su mujer le siguió a Georgetown y, hasta hoy, ha estado esperándole. Parece que, la pobre, ya no le esperará más: ha sufrido un accidente y se encuentra grave. Oliver desea verla, ¿comprendes?

Edwin Butler asintió sombríamente.

—Es una pena.

—Autorízale a salir.

—Randy, no digas tonterías.

—No es una tontería. Oliver lo merece, ¡qué cuerno! Yo hubiera hecho lo mismo que él. Si no tuviera la piel de color y no viviera bajo la jurisdicción británica, sería un hombre libre y respetado por todos. Asumo la responsabilidad. Yo mismo le acompañaré, con un guardián armado, y garantizo su regreso. Vamos, Edwin.

El alcaide titubeó. Sus ojos tenían una expresión rara.

—Está bien, no es necesario que asumas nada —dijo al fin—. Que venga a verme Autorizaré su salida.

Antes de que Corcoran pronunciara una palabra, llamaron a la puerta.

Era el médico.

Corcoran estuvo presente mientras el facultativo examinaba a Butler, le tomaba la temperatura, le dirigía una serie de preguntas y

se hacía cargo de los síntomas que presentaba.

—No tiene importancia. Un poco de fiebre palúdica. Es propio de la estación Pero cuídese, Butler, porque hasta ahora ha resistido usted bien el clima y sería una lástima que se echara a perder.

El médico recetó un específico y se fue. Corcoran cogió la receta.

—El ordenanza da la guardia te lo traerá.

Edwin asintió.

—Tú trae a Oliver.

Corcoran llevó al mestizo al despacho a los cinco minutos.

—Esto está absolutamente fuera del reglamento —le dijo el alcaide—, pero voy a hacer una excepción. El señor Corcoran ha intercedido por ti. Espero que no defraudarás su confianza ni la mía, Oliver.

—Se lo juro, señor.

—Muy bien. ¿Dónde está tu esposa?

—En el Hospital Colonial.

—Irás allí en el coche celular, con el señor Corcoran y uno de los guardianes. Te acribillarán si intentas alguna jugarreta, Oliver, no te hagas ilusiones. A medianoche estaréis de regreso.

Oliver no disimuló su emoción.

—Gracias, señor. Algún día saldré de aquí. Pero, esté dentro o esté fuera, usted tendrá siempre en mí un amigo. Por lo que me concede hoy, le ofrezco mi vida si la necesita —el mestizo se volvió al comandante—. Y a usted, señor Corcoran. Ustedes saben que mi esposa... que yo la amo... como... como...

Corcoran le tomó del brazo.

—Cálmate, muchacho. Vámonos.

Edwin Butler sonreía cuando ambos se marcharon. Al quedarse solo se tendió en el diván. Ahora llevaba la chaqueta puesta, porque la fiebre le daba frío, y no había hielo en su vaso de *whisky*. Así, tendido en el diván, amodorrado y con muy poca luz, le encontró el ordenanza que acudía con el específico recetado.

—¿Desea algo más, señor? —preguntó.

—Dormir —repuso Butler pesadamente.

Ni siquiera cenó.

Serían las diez cuando sonó el teléfono. El alcaide se enderezó, sintiendo que le zumbaba ligeramente la cabeza. Tomó el aparato.

—Diga.

—Randy Corcoran al habla.

—¿Qué ocurre?

—Nada, por ahora. Pero la mujer de Oliver no pasará de esta noche, y a él le gustaría acompañarla hasta el último instante. ¿Qué hacemos?

—Depende de ti. Si me garantizas que, en tu ausencia, la guardia cumplirá como debe, quedaos. En cuanto esa mujer haya muerto, volved enseguida. Procura tener presente que el gobernador no debe enterarse de esto, o lo pasaremos mal.

—Okey —dijo Randy.

Con un suspiro de cansancio, Butler regreso al diván.

Durmió, o se sintió como si durmiera.

Despertó al amanecer. No fue exactamente un despertar, oía un ruido horroroso en el interior del cerebro y unos pinchazos agudísimos le asaeteaban la espalda. Estaba empapado en sudor, y vacío, agotado, con la boca seca. Se daba cuenta de todo esto de una manera lejana.

Al intentar moverse, apenas lo consiguió. Sintió como si tuviera el cuerpo lleno de quemaduras, un hormigueo siniestro le recorría las extremidades.

«Me voy a morir —pensó de pronto—. No es posible, no es posible, ¡no es posible!».

Quiso levantarse. Casi lo hizo. Luego se derrumbó inconsciente sobre el diván.

Una hora después, Randy Corcoran, el guardián armado y Oliver regresaron al penal. Mientras el mestizo era conducido a su celda, con los ojos arrasados en lágrimas por la muerte de su esposa, el comandante se dirigió a informar a su jefe.

Llamó tres veces a la puerta del despacho, sin obtener contestación.

Pensó: «Habrá salido».

Abrió la puerta para comprobarlo.

Edwin Butler no había salido.

Era horrible verle. Estaba caído junto al diván, con las ropas desgarradas y una mueca pavorosa, de pesadilla, grabada en el rostro. A duras penas se le reconocía. ¡Sus ojos desorbitados semejaban guardar la primera visión del infierno!

—Edwin —murmuró roncamente Corcoran.

Debió haber añadido: «Descansa en paz».

CAPÍTULO II

Corcoran, pálido como un muerto, avisó a la guardia. Todos advirtieron que le temblaban los labios y que no era por completo dueño de sí. Alguien, mientras el ordenanza partía en busca del médico, le indicó que echara un trago. Otro le dijo afectuosamente que la cosa ya no tenía remedio y que no debía tomarla de aquel modo, pero él mismo se quedó mudo de espanto al hallarse ante el cadáver de Butler. Estaba claro, horriblemente claro, que el fin del alcaide se había producido entre sufrimientos atroces.

El médico, que llegó enseguida, encontró a Corcoran más sereno, pero con el aliento oliendo a alcohol.

Examinó el cuerpo y movió la cabeza.

—No les descubriré la pólvora si digo que ha muerto. Hace muy poco, sin embargo: quizá media hora... Sus convulsiones habrán sido sumamente violentas. No le deseo a nadie una agonía así.

Corcoran preguntó:

—Pero ¿de qué ha muerto? ¿Qué era lo que tenía?

—Lo ignoro. Parecía una leve crisis de paludismo. Las tabletas que le receté debieran haberle aliviado.

—Una crisis de paludismo no acaba de este modo.

—Ya sé que no —gruñó el médico. Se arrodilló para concluir el examen—. No me gusta nada —declaró—. Se diría que esta muerte no es natural. Prevenga usted a la policía, Corcoran, y yo me encargaré de la autopsia. Es necesario salir cuanto antes de dudas.

Corcoran, con manos inseguras, encendió un cigarrillo.

—¿A qué alude usted? ¿A un veneno?

—Sí.

—Diablo, no, ¡no! ¿Un asesinato? ¿O acaso un suicidio?

—Cuando un hombre quiere suicidarse, no procede como Butler.

Sobre todo, no elige un medio que le haga sufrir como él ha sufrido.

—¡Un asesinato! —repitió el comandante. Estaba pensando en su ausencia de toda la noche, en las docenas y docenas de cosas que podían haber ocurrido mientras él acompañaba a Oliver junto al lecho de muerte de su esposa. Maldijo mentalmente su propia sensiblería—. ¡Un asesinato dentro del penal! ¡Doctor, usted se equivoca!

—Todavía no he dicho que se trate de un asesinato —replicó el médico, ásperamente—. ¿Avisa o no avisa usted a la policía, Corcoran?

Corcoran la avisó.

Antes de las ocho de la mañana llegó el capitán Darwin, que era un hombre alto, de cutis sonrosado y expresión desdeñosa. Hablaba con acento de Oxford y entornaba los párpados para mirar a las mujeres.

A Darwin lo acompañaban tres agentes nativos. Mientras éstos efectuaban en el despacho y sobre las ropas del cadáver las reglamentarias pesquisas, el capitán se llevó aparte al médico y a Corcoran.

—Si es un crimen —dijo—, el asunto resultará particularmente engorroso. Prepárense a oír al gobernador, y que Dios se apiade de nuestros tímpanos. Cuéntenme con detalle lo que ha pasado, por favor, caballeros.

El médico tuvo poco que contar. Corcoran, en cambio, hizo un relato minucioso —un relato de comandante de la guardia— de cuanto había ocurrido desde que, el sábado, Edwin Butler se instaló en el penal. Mencionó expresamente la conversación telefónica, y las desdeñosas cejas de Darwin se enarcaron.

—¿A qué hora fue eso?

—Sobre las ocho, o un poco antes.

—¿Por qué le llamó tanto la atención que Butler le hiciera salir del despacho? Estaba en su derecho ¿no es así?

—Moralmente, no. Nunca hubo secretos entre nosotros. Ninguna clase de secretos, ni personales ni profesionales.

—O sea, que usted conoce a todos y cada uno de sus enemigos, lo mismo a quienes se contentarían con llamarle «idiota» como a los que estaban decididos a matarle si se les presentaba ocasión.

Corcoran miró fijamente a Darwin y se pasó la lengua por los

labios.

—Edwin Butler, y usted no lo ignora, sólo hizo amigos, no enemigos, como director del penal.

El capitán asintió.

—Yo no quería decir eso, pero es cierto. Luego hablaremos con más calma, Corcoran. A la viuda de Butler, ¿la avisa usted?

—Qué remedio.

En el vestíbulo, momentos después, Corcoran halló a uno de sus subordinados discutiendo desganadamente con un negro que llevaba una gorra azul y una caja de herramientas.

—¿Qué sucede?

—Este hombre —explicó el guardián— dice que el director llamó anoche a la Compañía Telefónica para que reparasen su aparato. Le he aconsejado que vuelva en otra ocasión.

El negro mostró un papel amarillo.

—Es que la orden de la sección de reparaciones es urgente. Si no hago el trabajo, tendrán ustedes que firmarme una justificación. Me la puedo cargar, señor, compréndalo.

Corcoran se encogió de hombros.

—Condúcele ante el capitán Darwin —dijo su subordinado—. Él decidirá.

El operario fue conducido hasta el capitán Darwin, y éste le hizo esperar casi media hora, hasta que se hubo levantado el cadáver y, terminadas las pesquisas, quedó el despacho libre. Luego, en tanto que Darwin le observaba en silencio, el negro descolgó el aparato, marcó un número y habló con alguien en la jerga habitual de los empleados del teléfono.

—Será un momento —anunció al colgar.

Desmontó el auricular, buscó en la caja de herramientas y manipuló unos instantes con el destornillador. El aparato quedó montado otra vez. El negro volvió a llamar, dijo aproximadamente las mismas cosas que antes y colgó.

—Listo.

Darwin ajustaba un cigarrillo al extremo de una boquilla.

—¿Cuándo recibieron ustedes el aviso del alcaide?

El operarlo consultó el papel amarillo.

—Aquí dice que a las nueve y doce minutos.

—¿Suelen comprobar la llamada?

—No.

—¿Cuál es su nombre?

—¿El mío?

—¿Cuál le parece?

El negro se puso un poco nervioso.

—Abraham Jones, señor. No quisiera haber hecho nada que motivara esas preguntas, señor Este... este sitio no me gusta.

—Es un edificio público, no una casa particular, y las preguntas se hacen digamos que por rutina. —Darwin anotó cuidadosamente en un cuadernillo el nombre de Abraham Jones—. Puede marcharse. Pero no salga de la ciudad sin comunicarlo al puesto de policía más próximo a su domicilio.

El negro abrió la boca, asombrado.

—Señor, jamás se me ha ocurrido salir de la ciudad. ¿A dónde quiere usted que vaya?

—Lárguese —dijo el capitán, entre dientes.

Se quedó solo en el que fuera despacho del alcaide en cuanto el operario hubo partido, y permaneció allí mucho tiempo, fumando y reflexionando. Su capacidad de inacción física resultaba notable. Sentado en un sillón, aprovechó durante varias horas el clima tonificante y refrigerado del lugar. Nadie le molestó. No se movió hasta que, cerca de mediodía, el médico le envió el informe del resultado de la autopsia, que había practicado en el propio depósito de cadáveres del penal. Era un informe muy serio.

«Se nota aumento del ácido úrico —leyó Darwin—. La médula espinal aparece licuada y coloreada de rojo obscuro. Sensible alteración de los órganos hematopoyéticos. Alteraciones en la masa encefálica y en los ojos. No hay rastro de ningún veneno conocido. En cambio, se advierten ligeras ampollas como de quemaduras, en la cabeza y parte alta del cuerpo. Tales síntomas no permiten establecer para la muerte una causa absolutamente natural. Mi impresión particular es que dicha muerte se ha producido por intoxicación, aunque la materia tóxica la desconozco».

Darwin tomó el teléfono y pidió que le comunicaran con el médico, si éste estaba todavía allí.

Estaba.

—Su informe no es lo que se dice luminoso, doctor.

—Es una obra maestra —le replicó el facultativo, abruptamente—. A lo largo de mi carrera, como usted probablemente no ignora, me he especializado en dos materias: enfermedades tropicales y venenos tropicales. No encontrará a nadie más capacitado que yo para certificarle que ni una enfermedad tropical ni un veneno tropical han matado a Edwin Butler, como no sean una enfermedad o un veneno desconocidos hasta la fecha.

—¿Eso sería posible?

—Dudoso.

—Supongamos que se haya utilizado un veneno nuevo, traído de la júnela.

—Dudoso —repitió el doctor—. Preste usted atención a las leyendas sobre los venenos de la jungla y verá a dónde va a parar. Los que se utilizan allí son, o bien el curare, o bien derivados muy sencillos del curare. De todos ellos no he encontrado ni rastro.

—Entonces, ¿de qué ha muerto Butler?

—No lo sé. Quizá pueda contestarle después de efectuar unas consultas, pero ahora déjeme en paz, porque tengo prisa.

El capitán colgó el teléfono, dobló el informe y lo guardó en un bolsillo de su impecable guerrera color garbanzo. Al cabo de un momento, como si hubiera decidido renunciar a la inmovilidad, se puso a abrir uno por uno los cajones de la mesa de Butler y a examinar, con aire de indiferencia, los papeles que contenían. La vulgaridad de estos papeles le abrumó: partes de incidencias inocentes, órdenes de suministro para la cocina, vales del almacén, anotaciones sobre asuntos de orden interior, todo por el estilo. El alcaide llevaba un libro registro de cuanto ocurría diariamente, pero resultaba de una monotonía completa.

Darwin observó tan sólo que el pobre Butler no había hecho aún, ni haría jamás, las anotaciones correspondientes al día en que unas misteriosas y alucinantes convulsiones acabaron con él.

Luego observó algo más, aunque tuvo que leerlo dos veces para que le llamara la atención. Una nota en las últimas páginas:

«A las cuatro vinieron a reparar el teléfono».

Interesante. O quizá no. Entendía poco de teléfonos. No sabía si el hecho de que un aparato fuera reparado dos veces en cuarenta, y ocho horas resultaba objetivamente una anomalía, pero a él le sonaba como tal. Dos veces en cuarenta y ocho horas Curioso.

Siguió buscando, y terminó por hacerlo en la papelería. Encontró media docena de tonterías. Entre ellas había un recorte de periódico arrugado, y este recorte le obligó a meditar. Por el encabezamiento y el texto de uno de los anuncios legibles comprendió que se trataba de un periódico norteamericano. Al desplegarlo advirtió que conservaba la marca de unos dobles, como si hubiera servido para envolver algo oblongo, no muy grande, de unos diez centímetros de longitud y uno de anchura. Una especie de cajita, a lo mejor.

Edwin Butler era norteamericano. Que leyera periódicos de su país no podía extrañarle a nadie. Que envolviera cajitas con ellos, tampoco. Pero ¿de qué cajita se trataba?

Darwin no la encontró.

Tomó nuevamente el teléfono.

—Averigüe si ha regresado el señor Corcoran —dijo al encargado de la centralilla de la prisión— y comuníqueme qué deseo verle.

Randy Corcoran no tardó en presentarse. Anunció que acababa de llegar y que había hablado con la viuda de Butler.

—Todavía no había deshecho la maleta —explicó—. Venía de Balato, donde a veces pasa el fin de semana con sus padres.

—¿Cómo tomó la noticia?

—Bien.

Las cejas enarcadas de Darwin parecían solicitar más detalles, pero el comandante no los dio. Dijo:

—También he llevado la noticia al Palacio de Justicia y al gobernador. Tengo órdenes de ocupar provisionalmente el puesto del pobre Edwin.

—¿Le gustaría que la orden fuera definitiva?

La respuesta de Corcoran resultó una afirmación vaga:

—He aprendido mucho de Edwin. Aquí puede hacerse una labor muy hermosa.

El capitán sacó su boquilla y la examinó atentamente.

—¿Estaba usted al frente de la guardia el viernes por la tarde?
—preguntó.

—Estaba Nichols, uno de mis oficiales, ¿por qué?

—Desearía hablar con él, si no anda lejos.

—Acabo de verle. —Corcoran tomó el teléfono—. Todos los componentes de la guardia permanecerán aquí mientras dure la encuesta. Eh, Santos —añadió por el micrófono—, dile a Nichols que venga al despacho del alcaide.

Nichols acudió enseguida. Era joven y flaco, y un mechón de pelo le caía sobre los azules ojos. Miró a Corcoran y a Darwin sin disimular su curiosidad.

El capitán dijo:

—Según numerosas probabilidades, Edwin Butler ha muerto asesinado. Ustedes habrán pensado ya, supongo, que un asesinato cometido en un penal es, por la naturaleza de las personas que en un penal suelen encontrarse, un asunto de lo más fastidioso. Si no se aclaran pronto las cosas, nadie se verá libre de sospechas.

Nichols preguntó alegremente:

—¿Ni siquiera nosotros?

—Ni siquiera ustedes, en efecto. —Darwin no demostró la menor alegría—. Dada la clase de muerte que sufrió Butler, la ausencia material de este lugar durante la noche pasada no constituye una coartada. Esto le atañe a usted, Corcoran, e imagino que también a usted, Nichols.

Nichols asintió en silencio. El comandante inquirió:

—¿A qué viene el preámbulo?

—Tómenlo como una desesperada solicitud de colaboración. —Darwin sonreía ahora amablemente—. Nichols, usted, al parecer, se hallaba al frente de la guardia antes que Corcoran, ¿no es cierto?

—Sí.

—Por lo tanto, registraría usted el hecho de que un hombre vino a reparar el teléfono de este despacho el viernes por la tarde.

—Si lo registré así, me equivoqué. No fue un hombre. Fueron dos.

—¿Pero vinieron juntos?

—Sí.

La anotación del libro del alcaide no indicaba número. Su «vinieron» era del todo impersonal.

—¿Qué ocurrió?

—Nada de particular. Revisan la instalación periódicamente.

—¿De modo que revisaron toda la instalación? ¿No solamente el teléfono del alcaide?

—Toda. Oiga, ¿quiere que llame a Sampaio? Es el guardián que acompañó a los dos sujetos.

—Llámele.

Sampaio era un portugués bajo, ancho y velludo. Dijo que sí, que los operarios revisaron toda la instalación y que fue cosa rápida y de rutina, salvo en el despacho de Butler, donde se detuvieron a desmontar el auricular.

—He observado —le interrumpió Darwin— que este aparato no está conectado a la centralilla, o sea que hay que marcar previamente el número del penal pana obtener comunicación con el resto del edificio.

—Tiene línea directa por razones de seguridad —dijo Corcoran.

El capitán apuntó con su boquilla a Sampaio.

—¿Qué más hicieron esos hombres?

—Marcharse. Terminaron pronto.

—¿Echaron algún papel al cesto?

—No me fijé.

—¿Estaba presente el alcaide?

—Había salido.

Darwin miró al techo.

—¿Alguno de ustedes puede decirme cuándo se vacía la papelera?

Todos se volvieron instintivamente hacia el objeto mencionado.

—Cuando está llena —dijo al fin Corcoran—. El sábado no se vació: yo acompañaba aquí a Edwin cuando pasó el encargado de la limpieza, y lo recuerdo. ¿Era eso lo que quería saber?

—Exactamente.

—Es decir, que ha encontrado algo... en la papelera...

—Manías mías. —Darwin se metió distraídamente la boquilla en la boca—. Había un trozo de periódico, nada más. Puede retirarse, Sampaio, y muchas gracias. También usted, Nichols.

Los dos hombres salieron lentamente.

El capitán miraba ahora a Corcoran a los ojos.

—Usted y Butler —le dijo— no se conocieron aquí, en la

Guayana, sino mucho antes.

—Mucho antes. En Texas, hace quince años.

—Y sirvieron juntos en el Ejército de los Estados Unidos.

Corcoran sostenía impertérrito la mirada de Darwin.

—No.

Las cejas del capitán se inmovilizaren formando un arco.

—¿Dice que no? Yo tenía entendido...

—Ya sé lo que usted y mucha gente tenían entendido. Es una patraña. Edwin y yo nos cuidamos de hacerla circular. —Corcoran respiró profundamente—. Nos resultó muy útil.

CAPÍTULO III

Darwin ajustaba un cigarrillo a su boquilla y lo encendió. Echó un par de bocanadas de humo. Reflexionaba.

—No comprendo eso —dijo—. Poner patrañas en circulación, a la larga no le resulta útil a nadie.

Había una remota amenaza en su tono, pero Corcoran respondió a ella con una sonrisa.

—Oh, se trataba sólo de una mentira inocente. Fue Edwin quien organizó el tinglado, hace seis años, cuando vino a Georgetown. Le sirvió de ayuda para obtener su puesto en el penal, pero lo más probable es que lo hubiese obtenido de todos modos. Usted conocía a Edwin. Valía, tenía experiencia, carácter, autoridad, resolución, y era honrado. Usted sabe también, supongo yo, que el penal depende jurisdiccionalmente del Gobernador de Su Majestad, o sea que es una institución colonial, no metropolitana. El gobernador hace y deshace como le viene en gana.

—¿Qué importa eso?

—Seis años atrás, el gobernador era *Sir* Baldwin Andros, y la dirección del penal estaba vacante y esto funcionaba tan mal que daba pena. Edwin conoció a Andros y se ofreció a desempeñar el puesto de alcaide. Había llegado a la Guayana casi sin saber cómo. Era un aventurero, pero en el buen sentido de la palabra; una piedra movediza, un desarraigado. Andros confió en él, porque intuyó sus grandes cualidades. Cuando, más bien por trámite, por si algún día necesitaba justificar en Londres el nombramiento de una persona no especializada y que, además, no era ni ciudadano británico, le pidió informes; Edwin se los dio. Había trabajado en una docena de lugares de la América Central y presentó los certificados oportunos. A ellos añadió uno del Ejército de los

Estados Unidos, librado en San Antonio, Texas, en el cual se le felicitaba y se le agradecían los servicios especiales prestados. Prestar servicios especiales. —Corcoran recalco la palabra—. Era una buena recomendación.

Darwin preguntó:

—¿Había falsificado el documento?

—¡Diantre, no! Edwin era honrado. El certificado, simplemente, no decía cuáles habían sido los servicios. Edwin tampoco lo dijo nunca. Dejó que el gobernador lo interpretara a su gusto, y Andros se inclinó a imaginar misiones de espionaje, yo qué sé, cosas secretas que no podían mencionarse expresamente. Edwin se rodeó de una aureola misteriosa. Usted mismo, y todos aquí, le suponían una especie de Otto Skorzeny norteamericano. Corríjame si me equivoco.

—Es cierto —asintió el capitán.

—Bien, yo tenía un certificado igual, y por tanto una aureola igual. Edwin, sin la menor dificultad, obtuvo para mí, cuando reorganizó los servicios del penal, el puesto que ocupó. Creo que, tanto él como yo, hemos hecho un buen trabajo.

—Entonces, ¿dónde estaba la trampa?

Corcoran emitió una risa ahogada.

—Los «servicios especiales» que rendimos al Ejército consistieron en comprar y preparar caballos, que luego vendíamos a la base de San Antonio. Edwin y yo formamos sociedad en el negocio y ganamos con ello un porrón de dólares. Nada más.

El capitán Darwin no hizo ningún comentario. Se limitó a fumar en silencio, hasta que hubo consumido su cigarrillo. Entonces se puso en pie. Corcoran, abstraído, miraba a través de la ventana enrejada.

—Si se le ha ordenado desempeñar provisionalmente el puesto de Butler —dijo el capitán—, este despacho es suyo. Estoy usurpándolo. Le agradezco la confianza de contarme esa historia. Prometo corresponderle con mi discreción.

Las frases eran una despedida.

—Lo importante es aclarar cómo ha muerto Edwin —replicó Corcoran. Se aproximó a la mesa, donde el capitán, antes de marcharse, manipulaba, con un trozo de papel—. Era mi mejor, mi único y verdadero amigo. Puede que usted no lo note, pero estoy

deshecho.

Darwin metía el trozo de papel en un sobre.

—Lo noto —dijo. Mostró el sobre a Corcoran antes de cerrarlo—. Esto es lo que he encontrado en la papelería: el fragmento de un periódico norteamericano. Envolvía alguna cosa, y me gustaría saber qué. Lo llevaré al laboratorio.

—Ya —murmuró distraídamente Corcoran.

—En el pasado de Butler, ¿hubo algún enemigo capaz de haberle asesinado?

—Edwin no era la clase de hombre que se crea enemigos.

—Piénselo —el capitán se dirigió a la puerta—. Trate de recordar. Tenga presente, Corcoran, que estamos sumidos en un abismo de confusiones. La primera confusión es que ni siquiera sabemos si Edwin Butler ha muerto o no ha muerto asesinado. Quizá para un detective de Scotland Yard o para un agente del F. B. I.

este enigma resultaría muy estimulante, pero para un vulgar oficial de la Policía Colonial de la Guayana Británica, como yo, representa un hueso duro de roer.

El comandante declaró:

—Le ayudaré hasta el límite de mis fuerzas.

Darwin estaba dando vueltas en su magín a esta frase un poco melodramática cuando pasó del fresco ambiente del despacho a la atmósfera de baño turco del exterior. Estacionado frente al penal le aguardaba su coche. Sus tres auxiliares nativos se habían retirado. Eran hombres serios y concienzudos, de modo que se hallarían en el Cuartel General redactando sus pulcros informes. Pulcros e inútiles, porque Darwin estaba seguro de no obtener de ellos absolutamente nada.

Le dijo al conductor del coche que le llevara a la Central telefónica, y una vez en el blanco edificio habló con el encargado de la sección de Reclamaciones que era un chino de mediana edad.

—El viernes, a las cuatro de la tarde —explicó— y esta mañana a primera hora, sus operarios han trabajado en la instalación telefónica del penal. Desearía algunos datos acerca de lo que han hecho, cuál era la avería, todo lo que sepa usted.

El chino sonrió amablemente.

—Son mis ficheros, señor, quienes lo saben —repuso.

Examinó los ficheros. Luego llamó por teléfono a alguien. No sonreía cuando regresó junto al capitán.

—Temo muchísimo, señor, que se haya producido una confusión penosa. Mis operarios no han visitado el penal ni el viernes ni hoy. Su último trabajo allí fue realizado hace tres meses.

«Confusión —pensó Darwin—, amena palabra».

—¿Está seguro?

—Dentro de la limitación humana, completamente seguro, señor.

—¿Alguno de sus operarios se llama Abraham Jones?

—Ninguno —replicó el chino, sin titubear.

El capitán apretó los dientes.

—Gracias.

Volvió al coche y se hizo conducir al Cuartel General. Una idea iba tomando forma en su mente: la reparación del teléfono, que acababa de demostrarse como falsa, era la causa de la muerte de Edwin Butler. Ahora bien, ¿en qué sentido era la causa? ¿Qué hubo desde la tarde del viernes a la mañana del lunes en el aparato telefónico? ¿De qué modo, si hubo algo, le produjo a Butler su misteriosa intoxicación?

Darwin concentró su memoria en el operario negro que dijo llamarse Abraham Jones. ¿Quién era aquel hombre? ¿De dónde procedía? ¿Cómo fue capaz del alarde de serenidad necesario para presentarse en el escenario del crimen, representar una comedia excelente, sin un fallo, y retirar del teléfono un instrumento mortífero ante los mismos ojos de un oficial de policía?

¿Realmente era así como había ocurrido todo?

En voz alta, Darwin pronunció una maldición. De haber estado alerta, de haber leído antes la nota del registro de Butler, donde se consignaba que el teléfono había sido reparado previamente el viernes a las cuatro de la tarde, tendría al asesino del alcaide en su poder. Como un memo, como un idiota había consentido que el llamado Abraham Jones le escarneciera. Be sonrojaba al recordarlo.

Pero, por lo menos, las falsas reparaciones probaban indirectamente que sí, que la muerte de Butler fue un asesinato. Ya no cabía duda. Esta convicción serviría de base para trabajar.

Tal como suponía, sobre la mesa de su despacho encontró los informes de los tres agentes. Se aburrió leyéndolos. Sus hombres

habían procedido con arreglo a las normas clásicas, dividiendo la exposición de su.; pesquisas en seis apartados: hechos, sospechosos, móviles, ocasión, pruebas y conclusión.

Darwin agrego a aquellos datos lo que él sabía y obtuvo un cuadro desolador. Era el siguiente:

«Hechos. —El alcaide de la Penitenciaría Colonial de Georgetown ha muerto. Estaba solo en su despacho. Sufrió unas violentas convulsiones. El médico afirma que no fue víctima de una enfermedad ni de un veneno conocidos.

»El comandante de la guardia, Randolph Corcoran, compatriota e íntimo amigo del muerto, había acompañado al penado Sigmund Oliver al Hospital Colonial, donde permanecieron, junto con un guardián armado, hasta el fallecimiento de la esposa de Oliver. Al regresar halló muerto a Butler.

»El alcaide recibió el domingo, a primera hora de la noche, una extraña llamada telefónica. Desde aquella mañana declaraba sentirse indispuesto.

»El viernes por la tarde y el lunes por la mañana fue reparado el teléfono del penal. La Compañía Telefónica no tiene registradas tales reparaciones.

»Sospechosos. —Todos los reclusos del penal son, en potencia, sospechosos. No obstante, se trata en su mayoría de criminales vulgares, indígenas, mestizos y negros, de quienes resulta absurdo suponer que puedan planear un asesinato con tanto refinamiento y tanta audacia.

»Randolph Corcoran es un hombre inteligente....

»Móviles. —Los reclusos suelen odiar a los alcaides, aunque no parece que éste fuera el caso en relación con Butler, quien tenía fama de justo, humano y comprensivo.

»Randolph Corcoran podía aspirar a suceder a Butler en la dirección del establecimiento.

»Ocasión. —Excepto los presos, cualquiera de los habitantes del penal tenía acceso al despacho del alcaide;

e incluso algunos presos, como el encargado de la limpieza, lo tenían también a determinadas horas.

»Dado que Butler murió de una forma no instantánea, es imposible determinar, salvo si se toman en consideración las reparaciones del teléfono, en qué momento se halló expuesto a lo que sería causa de su muerte.

»Pruebas. —Ninguna huella dactilar aprovechable. Un trozo de periódico que había servido para envolver algo.

»Conclusión. Ninguna».

Darwin guardó los informes en una carpeta, llamó a un ordenanza, y lo envió al laboratorio con el sobre que contenía el papel encontrado en el despacho de Butler, más una nota aclaratoria de lo que deseaba que se hiciera con él.

Luego, con la cabeza erguida y las cejas enarcadas desdeñosamente, se marchó a almorzar.

CAPÍTULO IV

Diana Butler, la que fue esposa de Edwin y era ahora su viuda, pertenecía al tipo de mujeres que a Darwin le impedían entornar los párpados para mirarlas, como tenía por costumbre. Esto se debía a una sensación de deslumbramiento. Ante Diana, Darwin abría los ojos como un colegial asombrado. Le humillaba abrirlos, pero no lo podía remediar.

—Lo presentía —dijo ella, cuando le recibió en la hermosa veranda de su casa de Flynn Square—. No me pregunte por qué, capitán Darwin, pero lo presentía. Siempre tuve la sensación de que una amenaza pendía sobre la cabeza de Edwin.

Estaba muy bella y mostrábase apenada, aunque hubiera sido una exageración calificarla de inconsolable. Había asimilado la noticia con cierta frialdad.

—¿Le dio él motivos concretos para sentir de ese modo?

—Concretos, no. Dicen que las mujeres somos muy intuitivas. Nuestros nervios entienden a veces lo que la mente no puede entender.

—Pero ¿sabe si Edwin tenía enemigos?

—Nunca me habló de ello, ni mencionó a ninguno en particular. Debía de tenerlos, ¿no es así?, por razón de su cargo.

Darwin no lo negó. Sin embargo, se inclinaba a pensar como Corcoran, a quien había oído la frase: «Edwin Butler sólo hizo amigos, no enemigos, como director del penal». Era notable que Diana no expresara la misma opinión.

—¿Cuánto tiempo llevaban casados?

—Cinco años y dos meses. ¿Usted no estaba en Georgetown entonces, capitán?

—Llegué después.

—Sí, lo recuerdo. Bien, pues Edwin y yo nos conocimos en casa de *Sir Baldwin Andros*, que era por aquel tiempo el gobernador. Simpatizamos enseguida. Edwin era un hombre interesante, que había vivido mucho... un formidable tipo de aventurero... Nos casamos al cabo de unos meses.

«Habla usted de él como de una amistad ocasional, y era su esposo, muerto esta mañana —pensó Darwin—. ¿Por qué?».

—¿A qué se dedicaba Edwin antes de venir a la Guayana?

—Prácticamente a todo. Reunió tres o cuatro veces una fortuna y la volvió a perder; recorrió enteramente América; se distinguió por los servicios rendidos al Ejército en su país natal...

Las cejas de Darwin se elevaron rápidamente.

—¿Cuáles fueron esos servicios?

—Le seré franca, capitán: lo ignoro. Edwin nunca, hablaba de su pasado. Él era así, y tuve que aceptarle tal como era.

—Cuénteme lo que sepa de su vida.

—Casi nada, entonces. No tenía parientes. Nació en Houston, Texas, y desde los catorce años estaba solo en el mundo... —La mujer miraba, a Darwin fijamente—. ¿Le sorprende mi ignorancia? —preguntó de pronto—. Le sorprende, ¿no es cierto, capitán?

—Me sorprendería si no me hubiese movido de la vieja, y anquilosada Inglaterra. Aquí son distintas las cosas. Una mujer se casa con un hombre, no con la historia ni con la familia de ese hombre.

—Exactamente.

—¿Es usted inglesa, señora Butler?

—Mi padre es inglés. Mi madre, hija de portugueses. Yo nací en la Guayana, en Balate, aguas arriba del Demerara. ¿Lo conoce?

Darwin asintió maquinalmente.

—¿Qué sabe usted de la amistad de Edwin con Randy Corcoran?

—Muy poco. Se conocieron en Texas, sirvieron juntos allí, y juntos han estado casi siempre desde entonces, en el trabajo... y en el descanso.

El capitán creyó percibir en aquellas palabras una sombra de resentimiento. Sacó su boquilla y la examinó.

—¿Puedo preguntarle una impertinencia?

Diana titubeó.

—Puede, pero no se lamente si no contesto.

—Aquí, en Georgetown —dijo lentamente Darwin— nos conocemos más o menos todos, y me refiero a todos los hombres blancos. Sin embargo, una cosa es conocerse y otra tratarse. Yo apenas, hasta hoy, he tratado a usted y a su esposo. ¿Quiere, por tanto, decirme si era el suyo un matrimonio feliz?

La mujer guardó silencio. No obstante, cuando el capitán iba a levantarse, interpretando su silencio como una despedida, ella le contuvo con un ademán.

—Fue feliz al principio —dijo a media voz—. Luego, Edwin se alejó más y más de mí. Me di cuenta de que me había convertido para él... en una especie de objeto... Una esposa no es un objeto capitán. Es un complemento del hombre, como el hombre lo es de la mujer, Ambos se necesitan. La pareja humana es siempre superior al individuo solo.

—Usted no se casó con la historia ni con la familia de un hombre —aventuró Darwin—, pero tampoco con el hombre Me ha parecido notar que Edwin era para usted casi un extraño.

—Es verdad.

—No hablemos de esto si le desagrada.



—Al contrario, me sirve de consuelo. Es verdad, Edwin era un extraño. Vivía entregado por completo al penal, y no me dedicaba ni sus momentos libres. Pera esos momentos libres estaba la amistad de Corcoran. Quizá... quizá de haber tenido hijos... habrían mejorado las cosas; pero fueron de mal en peor, y últimamente ya no había entre nosotros nada en común, salvo la rutina impuesta

por los años. No digo que la culpa fuera toda suya. Probablemente yo no he sido la mujer adecuada para comprenderle, para manejarle y prestarle mi compañía... Es posible que, de haber sido distinta, Edwin se me hubiera confiado. Nunca lo hizo. Nunca me habló de su pasado, y si yo preguntaba, eludía mis preguntas, hasta que desistí de ellas. Tres meses atrás, por ejemplo, recibió una carta de los Estados Unidos. Al verla palideció. Llamó enseguida a Corcoran por teléfono y, olvidándose de que yo estaba presente, le dijo: «Quiero verte, Randy. Él está aquí». Luego, al darse cuenta de que yo le había oído, añadió: «Espérame en mi despacho. Llegaré dentro de unos minutos». Le pregunté si ocurría algo malo y me contestó que no, que eran cosas del servicio; pero observé que, al coger como de costumbre su pistola, comprobaba sí tenía bala en la recámara. Debí de asustarme, y lo notó, porque dijo todavía: «Si me pasara algún día algo malo, no hagas ni digas nada sin consultar con Randy». Después se fue —la señora Butler se oprimió las sienes con las manos—. Yo no puedo sufrir a Randy Corcoran, capitán, se lo confieso sin rebozo. Ignoro lo que ha representado en la vida de mi marido, pero intuyo que él es una de las causas de la barrera que se alzaba entre los dos... Discúlpeme, puede que le juzgue injustamente. Cosas de mujer. Sea como sea, desde la llegada de aquella carta, Edwin se alejó de mí más aún, mucho más. Vivíamos espiritualmente en mundos separados.

—¿Usted no preguntó a su marido qué significaba el consejo que le había dado respecto a Corcoran?

—Sí. Al día siguiente, pero no quiso aclararme nada. Dijo solamente que era lógico que se preocupara de mi futuro, por si alguna vez él llegaba a faltarme, y que me encomendaba a Randy porque éste era su mejor amigo. Sin embargo, estoy segura de que el sentido de sus palabras de la víspera era otro.

—¿Qué fue de la carta?

—Edwin se la metió en el bolsillo y no la he visto nunca más.

Darwin chupó pensativo su boquilla. Lo que la viuda de Butler estaba contándole apenas podía coordinarse con las declaraciones de Corcoran. ¿Por qué Edwin Butler sostuvo ante su propia esposa la patraña de los «servicios especiales» al Ejército? Y si, como parecía, la carta que recibió contenía alguna especie de amenaza, ¿por qué Randy Corcoran no se la había mencionado?

Con la brusquedad que le era característica, el capitán pasó de la inacción a la acción y se despidió de la dama.

—Volveremos a vernos pronto —dijo.

—No lo decía porque sí. Había en Diana Butler la mar de cosas que le invitaban a volver a verla pronto, e incluso a seguir viéndola muchas veces.

Se alejó de Flynn Square elaborando mentalmente complicadas estadísticas. En toda la extensión de la Guayana Británica debían de encontrarse unas siete mil quinientas personas de raza blanca, la mayoría de las cuales habitaban en Georgetown. De este número, solamente unas tres mil eran mujeres. De las tres mil, probablemente era Diana la más bella.

También era rica, y viuda, o sea libre, pero esto, Darwin, que pecaba un poco de sentimental, apenas se detuvo a considerarlo.

Tenía prisa por regresar al penal y hablar con Corcoran. Sin embargo, pasó antes por el Cuartel General de Policía, con la esperanza de que los técnicos del laboratorio hubieran terminado el examen del fragmento de periódico que les envió. Su esperanza se hizo realidad: el informe del laboratorio se hallaba en su despacho.

Lo leyó un par de veces, pensativo. Era breve y, para él, contenía una sola cosa interesante: en aquel papel se advertían ligerísimos rastros de plomo. Había envuelto, al parecer, un objeto de plomo de unos cinco centímetros de longitud. Darwin no sabía de ningún objeto de plomo de aquel tamaño que sirviese para ninguna cosa que él fuera capaz de imaginar. El dato le dejaba a oscuras.

Decepcionado, prosiguió su camino hacia el penal. Encontró a Corcoran recién peinado y afeitado. Se había mudado de uniforme, y su aspecto, aunque no bueno del todo, era mejor que el de por la mañana.

—Desearía cambiar con usted algunas impresiones acerca de la carta de los Estados Unidos que Butler recibió hace tres meses —le dijo.

Corcoran se quedó impávido, con la cara rígida como si fuese de piedra. El súbito planteamiento de la cuestión no parecía haberle afectado, a pesar de lo cual tardó unos momentos en responder.

—No sé de qué me habla.

—Le hablo de que «él está aquí».

Esta vez, el comandante se pasó la lengua por los labios.

—Oh... usted se refiere... Bien, es mejor que se lo aclare, o vamos a armar una tempestad en un vaso de agua. Usted conoce a Diana, la esposa de Edwin, supongo.

—Sí.

—Algún tiempo atrás, estuvo por aquí un sujeto llamado Tatum, compatriota nuestro, un indeseable. Tatum se permitió públicamente una serie de comentarios groseros acerca de Diana, e incluso llegó a rondarla sin disimulo. Usted no ignora que Diana es quizá la mujer más bonita de Georgetown —el capitán, sin querer, enarcó las cejas—, y una dama de pies a cabeza. Sospecho que ni siquiera se enteró de lo que a su alrededor estaba ocurriendo. Pero Edwin sí se enteró. Inmediatamente abordó a Tatum y le dijo que le mataría si en un plazo de veinticuatro horas no abandonaba la Guayana. Tatum se marchó, no a las veinticuatro horas, sino a las doce. No supimos más de él hasta que, hace tres meses, tuvo la osadía de escribir a Edwin enunciándole que volvía dispuesto a realizar sus incalificables propósitos...

—¡Pero ésa es la conducta de un desequilibrado! —exclamó Darwin.

—Exactamente, así se lo hice ver yo a Edwin. Tatum no era más que un loco, un pobre diablo con el cerebro reblandecido por el alcohol y el clima tropical. La prueba es que lo que anunciaba en su carta no ocurrió. Jamás volvió a la Guayana. Nada hemos sabido de él.

El capitán miró a Corcoran con asombro.

—Entonces, ¿por qué escribió esa carta?

—No tengo la menor idea.

—Eso es absurdo, Corcoran. Completamente descabellado. ¿Está seguro de que la esposa de Butler no se enteró del interés que despertaba en Tatum? No puedo creerlo. Una mujer se da siempre cuenta de esas cosas.

Corcoran se encogió de hombros.

—Yo conozco solamente la versión del asunto que roe facilitó Edwin. De todos modos, es posible que Diana no se enterase. ¿Usted no recuerda a Tatum?

—Nunca oí hablar de él.

—¿No recuerda a un norteamericano andrajoso que durante unas semanas vagó borracho por el barrio chino? Debería

recordarle, siendo usted policía. Era un tipo predestinado a tener con ustedes un conflicto u otro.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace poco menos de un año.

El capitán frunció el entrecejo.

—Pues no.

—Bien, no importa. Lo que quiero decir es que Diana está a mil kilómetros por encima de un individuo de la calaña de Tatum. Es una auténtica señora, y me parece perfectamente posible que haya pasado por su lado decenas de veces, no ya sin mirarle, sino sin verle y sin advertir que estaba allí. Para una mujer como Diana, Tatum sería un objeto una cosa, no un hombre. Yo, por lo menos, opino de este modo.

—Quizá —asintió Darwin—, pero no deja de parecerme chocante. Y también me lo parece que Butler no le explicara el asunto a su esposa.

—Butler era así —el comandante consultó su reloj y, súbitamente, emitió un silbido—. Lo siento, Darwin, tengo que marcharme. Lo había olvidado. Me han llamado con urgencia del Palacio de Justicia, e iba a salir cuando ha llegado usted.

—Una última pregunta: ¿podría Tatum haber matado a Butler para facilitar esos que usted llama incalificables propósitos?

Corcoran se echó a reír.

—¡Oh, no, no! Tatum era un pobre imbécil, Ni remotamente le imagino metido en esto... suponiendo que se encuentre en Georgetown, que ya es suponer. Sé que Edwin se hallaba atento por si llegaba, y rió es fácil para un forastero pasar, inadvertido.

—Conforme —dijo resignadamente el capitán—. Márchese. ¿Tiene inconveniente en que dedique unos minutos al que fue despacho de Butler?

—¿Espera todavía, encontrar una pista?

—Por ejemplo la carta de Tatum.

—Creo recordar que Edwin la rompió; pero obre como guste, Darwin, ¡no faltaría más!

El capitán ponía mala cara cuando se encerró en el fresco y tranquilo despacho donde el alcaide había topado con la muerte. Prefería no pensar en la historia que Corcoran acababa de contarle, porque era una de esas historias que cuanto más se piensa en ellas

menos crédito merecen. Le hubiera contrariado muchísimo tildar al comandante de mentiroso. No obstante, en su interior, estaba tildándole de ello ya. Todo en Corcoran resultaba ambiguo, comenzando por los elogios que de Diana Butler había hecho —¿no era natural, y hasta obligado, que la antipatía entre dos personas fuese mutua?— y acabando por las circunstancias de su vida pasada; su vida y la de Butler, con la salvedad de que, ahora, Butler no era sino un cadáver.

Sólo en el despacho, Darwin practicó un registro que duró casi una hora. No encontró la carta. El único hallazgo al cual semejó conceder algún valor fue un ejemplar atrasado del «New York Herald», una de cuyas páginas había sido arrancada. Comprobó a simple vista que el fragmento procedente de la papelera no correspondía a aquel periódico, pero, aun así, tomó nota del número de la página que faltaba, y de la fecha.

El teléfono, entonces, comenzó a sonar.

—Pensé que le encontraría ahí, señor —era el sargento Mutu, su ayudante, quien le hablaba a través del hilo—. Conviene que regrese. Se ha cometido otro asesinato en la ciudad.

—¿En qué parte de la ciudad?

—Incomprensible, señor: en el Palacio de Justicia.

Darwin experimentó un sobresalto.

—¿Cómo? Mutu, atiéndeme: ¿tú conoces a Corcoran, el comandante de la guardia de la Penitenciaría Colonial?

—Adivino por qué me lo pregunta... No se preocupe. La víctima del asesinato ha sido un negro.

El capitán respiró con alivio. En su memoria habían aparecido, como una obsesión, las palabras que Corcoran pronunciara una hora antes: «Me han llamado con urgencia del Palacio de Justicia...».

—Voy enseguida —dijo.

Y fue.

CAPÍTULO V

Larry Koster sabía un montón de cosas sobre la Guayana Británica, pero ninguna de ellas por experiencia. Antes de emprender el viaje le habían facilitado abundante información, de la cual sacó en claro que el nombre de Guayana se aplicaba a una gran región dividida de un modo arbitrario entre Venezuela, Brasil, Gran Bretaña, Holanda y Francia.

La Guayana Británica era la mayor de estas partes, la más poblada

(350 000

habitantes) y la más próspera. En ella se encontraba un fantástico conglomerado de las principales razas del mundo:

157 000

asiáticos,

152 000

negros y mulatos,

22 000

brasileños y descendientes de portugueses, 7500 europeos y norteamericanos, y

11 000

indígenas. Estos indígenas, los primitivos habitantes, pertenecían a tres familias: aruaques, caribes y tupis, y vivían aún en completo estado de salvajismo.

También cierto número de negros, descendientes de los esclavos, habían vuelto al estado salvaje y habitaban la espesa selva del interior, aunque la mayoría de ellos, más o menos mestizos casi todos, trabajaban honradamente en la zona costera.

Los asiáticos, el grupo racial más numeroso, fueron introducidos en el país para reemplazar la mano de obra negra cuando se abolió

la esclavitud, y había entre ellos, principalmente, hindúes, chinos y japoneses. Los hombres blancos se adaptaban al clima con dificultad, y salvo un núcleo de funcionarios y ricos plantadores, estaban representados por descendientes de los portugueses de las Azores, de Madera y del Brasil, casi todos con sangre de otras razas en sus venas, especialmente los últimos.

Este mundo en pequeño le había despertado a Koster cierta curiosidad. Estaba preparado para el exotismo, para ver pantanos, manigua impenetrable y sabanas semidesérticas —ésta era la configuración de la Guayana desde la costa al interior—; plantaciones de caña, destilerías de ron, cultivos de caucho, y quizá serpientes venenosas, tapires y jaguares. Pero, después de apearse del bimotor «Douglas» en el aeropuerto de Georgetown, lo único que vio fue una graciosa ciudad, aparentemente poblada sólo por negros y mulatos —su información expresaba que tenía

60 000

habitantes—, cuyas blancas casas rodeadas de jardines desaparecían bajo una masa de exuberante follaje. A Koster le resultó muy agradable, porque procedía de Nueva York y había dejado las grises moles pétreas de Manhattan sumidas en la niebla y el frío del invierno. Le pareció por un instante que la ciudad le recibía entre sonrisas.

Larry Koster tenía veintiocho años y medía un metro ochenta y cinco. Sus ojos grises miraban de un modo muy particular, como si pretendieran siempre escudriñar «el lado de allá» de las cosas. Su físico solía dejar sin aliento a las muchachas, porque no en vano, durante sus años de Universidad había obtenido cuatro veces consecutivas el campeonato escolar de lucha libre. En aquel momento, cuando llegó a Georgetown procedente de Nueva York, tras un fantástico vuelo a través del Caribe, se hallaba en plena forma. Ni siquiera un artista de cine hubiera mejorado su atlética y afable presencia, su impecable afeitado o las elegantes líneas y el color gris-crepúsculo de su traje de alpaca.

Pero Larry Koster era algo muy distinto de un artista de cine.

Mientras el recién llegado a Georgetown se abandonaba a la placentera sensación que la ciudad le estaba produciendo, en ésta ocurrían cosas. El capitán Darwin, por ejemplo, se apeaba de su coche y entraba en el Palacio de Justicia. Le acompañaba Mutu, un

sargento de rostro oscuro y ojos como carbones. Ambos parecían preocupados.

Nada, sin embargo, revelaba a primera vista que allí se hubiera cometido un delito. En un pasillo del ala derecha del edificio había dos agentes de policía, pero su presencia, dada la índole del local, casi podía considerarse reglamentaria.

Los agentes saludaron al ver a los dos hombres.

—Sin novedad señor —dijo uno.

Darwin le preguntó:

—¿Fue aquí?

—Aquí mismo —el agente se inclinó un poco para señalar el suelo—. Han quedado unas pequeñas manchas de sangre.

—¿A dónde conduce este pasillo?

Fue Mutu quien contestó:

—Al archivo. Apenas lo frecuenta el público. Buen lugar para matar a un hombre sin que nadie estorbe.

—Hum —gruñó el capitán—. Un lugar más bien absurdo. ¿Qué más?

—La muerte fue instantánea —el agente tomó de nuevo la palabra— producida por una bala disparada desde corta distancia que se le incrustó a la víctima en la sien. El arma es un revólver «Smith» calibre 32.

—¿Dónde está?

—Lo tiene el juez Hillary. ¿Quiere verlo, señor?

—Acompáñame.

El despacho del juez Hillary se encontraba en el lado contrario del edificio. Hillary, calvo y consumido por el trópico, era un típico ejemplar de funcionario colonial inglés. Quizá por serlo fumaba en pipa.

—Un asunto idiota —le dijo a Darwin, nada más verle.

Darwin, que le conocía bien fue a sentarse en una de las butacas que había ante su mesa. Recalcó su saludo:

—Buenas tardes, Hillary.

Hillary insistió:

—Idiota de verdad. ¿Te lo han contado?

—Mutu me ha adelantado algunos detalles.

—Bien, pues ese negro estaba, nadie sabe por qué, en el corredor del archivo, y le han pegado un tiro limpiamente. Un escribiente lo

encontró expirando y dio la alarma. Momentos después ha sido detenida una mujer que pretendía salir por la puerta destinada al personal. Llevaba en el bolso un revólver del cual faltaba una bala, y dijo que no sabía que el revólver estuviera allí —el juez ahogó una carcajada—. Monstruoso. No sólo eligió para marcharse la única puerta donde su paso iba a llamar la atención, sino que conservó el arma homicida encima y pretendió hacernos creer que había surgido en el interior de su bolso por una especie de generación espontánea.

—¿Estaba asustada?

—Atónita. Pero se niega a hablar sin abogado. Le hemos designado a Eustaquio Lueiro, y esperamos de un momento a otro su llegada para interrogarla nuevamente. Todo queda ahora en tus manos, Darwin.

El capitán asintió sin asomo de entusiasmo.

—A ver ese revólver.

Hillary lo sacó de un cajón de la mesa: un «Smith» ya viejo, con las cachas de nácar, una de ellas desconchada. Mientras el capitán inspeccionaba el cilindro, sonó un zumbador del teléfono interno y el juez cambió unas palabras con alguien. En seguida anunció:

—Lueiro ha llegado y está con la detenida. ¿Vamos?

Darwin se levantó.

—¿Puedo ver primero el cadáver?

—Naturalmente.

Estaba en el depósito, cubierto por una sábana. Hillary tiró de la sábana. Hubo un silencio.

El juez preguntó de sopetón:

—¿Conoces a este moreno, Darwin?

—¿Por qué he de conocerle?

—Ah, no sé. Me lo ha parecido por la expresión de tu cara.

—Hum —murmuró el capitán.

Se había quedado mudo, y mudo permaneció durante todo lo que vino después. La mujer, que era una mulata de unos treinta años, ligeramente obesa, aunque no lo suficiente para que su figura hubiera perdido gracia, se hallaba con Lueiro, el abogado que se le había designado de oficio.

Dijo llamarse Dorothy Morao, ser soltera y trabajar como dependiente en una perfumería. Explicó, con voz un poco

temblorosa, que había ido al Palacio para tramitar un documento, cosa que, según se comprobó fácilmente, era verdad. Añadió que había dejado su bolso a un lado mientras despachaba ante una ventanilla, momento en que debieron de introducir en aquél su revólver. Concluyó manifestando que al salir se había equivocado de puerta, y que esto era todo.

Lueiro, un mestizo portugués, se limitó a sonreír, o por lo menos a exhibir una hilera de blanquísimos dientes. Subrayó:

—Una desgraciada coincidencia.

—Desgraciada —bufó Hillary—, ¡qué demonio! Esa clase de coincidencias nunca ocurren. ¿Me toman por tonto?

Darwin rompió inesperadamente su mutismo. Dijo al juez:

—Ven conmigo... Tú también. Mutu. Es un instante.

Los tres hombres salieron de la pieza donde el interrogatorio tenía lugar. Hillary miraba fijamente al capitán.

—¿Qué te pasa?

Darwin se encogió de hombros.

—Nada, Dejad que esa mujer se marche. Tomad su filiación y sus señas y ponedla en libertad. Ninguna acusación puede sostenerse contra ella, Hillary, y tú debieras saberlo. Lueiro la sacaría con un *habeas corpus* a los diez minutos.

—¿Estás loco?

—Me parece que no Al revólver le falta una bala, muy bien, y huele ligeramente a pólvora, pero habrá sido disparado hace horas, no, desde luego, en el corredor del archivo. Nadie, que yo sepa, oyó aquí la detonación del disparo que mató al negro, lo que indica que el arma llevaba silenciador. Si ese «Smith» es tal arma, ¿dónde está el silenciador, Hillary? ¿O sigues creyendo que éste es un apunto idiota?

El juez apretó la pipa entre los dientes.

—No te entiendo. A mí me parece más idiota todavía.

—No te has equivocado al pensar que yo conocía al muerto —dijo Darwin, incisivamente—. Le he visto esta mañana, a primera hora, tocado con una gorra azul y con una caja de herramientas en la mano. Era el asesino de Edwin Butler.

Hillary sujetó la pipa para que, en su asombro, no se le cayese.

—¿Qué dices?

—Su asesino, o uno de sus asesinos, o un cómplice de su asesino.

Alguien que se burló de mí como nadie se había burlado nunca.

Darwin relató en pocas palabras lo ocurrido con las reparaciones telefónicas en el penal. El juez escuchó la historia como si se tratara de un cuento para niños y él tuviera cinco años.

—¿Y ese hombre ha muerto ahora asesinado? —exclamó—. ¿Y tú quieres poner en libertad a la pájara que le ha pegado un tiro?

—En efecto —el capitán se volvió a Mutu—. La mujer saldrá de aquí libre/pero tú quedas encargado de seguirla y organizar su vigilancia sin un segundo de distracción. Sin un segundo, ni medio segundo, ¿oyes, Mutu? Esa mujer, Dorothy Morao, debe conducirnos, no ya al verdadero asesino del negro, sino al del alcaide; ¿está claro?

—Muy claro, señor —asintió el sargento.

Hillary opinó:

—Es peligroso. Comprendo cuál es tu plan, pero me parece peligroso.

—¿Qué quieres, entonces? Como no sea de tenencia ilícita de armas, ¿de qué la acusarás? ¿Cómo evitarás que Lueiro la saque cuando guste?

—Conforme —dijo. El juez, a regañadientes—. Eso es cierto, no puedo retenerla. Si lo hago por tenencia ilícita de armas, saldría igualmente, depositando una fianza miserable. Allá tú.

Darwin continuaba mirando al sargento.

—Todo depende de ti, Mutu, no lo olvides.

—Descuide, señor. —Mutu consultó su reloj—. Denme un cuarto de hora. Déjenla libre entonces y no se preocupen.

—Dios quiera que no hayamos de arrepentimos —refunfuñó el juez.

Pero el capitán se mostraba confiado. Había dado con un hecho tan importante que cualesquiera consecuencias que pudiera tener su decisión le parecían un mal menor comparadas con el avance realizado en las pesquisas. Aunque el problema de la muerte de Edwin Butler no se había aclarado en absoluto, tampoco permanecía estacionario, y esto era una gran cosa. El negro que decía llamarse Abraham Jones había muerto también, y el camino que los dos cadáveres semejaban trazar debía conducir forzosamente a alguna parte.

Darwin abandonó el Palacio de Justicia con la sensación de estar

viviendo una película. En frío, jamás se le hubiera ocurrido que Georgetown pudiera ser escenario de sucesos semejantes. No porque en la ciudad, o en la colonia, no se produjeran muertes violentas. Todo lo contrario. Pero del garrotazo en la cabeza que un negro borracho le descargaba a otro, o del flechazo por la espalda de un indio tupi levantisco, a aquello, ¡qué enorme distancia! ¡Y qué contraste!

«Es el imperio de la civilización —pensó—. Dentro de poco tendremos en la Guayana hasta poetas decadentes. El progreso ya nos ha envenenado».

Una muestra del progreso le esperaba en el Cuartel General.

—Señor —le dijo el ordenanza—, un extranjero pregunta por usted. Un norteamericano.

—¿Qué asunto?

Darwin había hecho la pregunta distraídamente, pero la respuesta del ordenanza obró sobre él como una sacudida:

—La muerte del alcaide.

¡Un norteamericano! ¡Un compatriota de Butler!

Bueno, ¿quién?

—Condúcele a mi despacho.

El capitán mordisqueaba la boquilla, en pie junto a la mesa de su despacho, cuando el norteamericano entró. Era todo un tipo: joven, hercúleo, gallardo, vestido admirablemente, como salido de la galería de superhombres que el cine ha reunido en Hollywood.

Pero no tenía con Hollywood absolutamente nada que ver.

—Me llamo Larry Koster —anunció extendiendo la mano—, agente del

F. B. I.,

en misión especial.

—¡No! —exclamó Darwin, sin poder contenerse.

—¿Cómo? —El recién llegado exhibió su credencial—. ¿Por qué no?

—Por nada —el capitán se echó a reír—. Perdóneme, ha sido una exclamación involuntaria. Llevo algún tiempo pensando que nuestra amada Guayana pierde día tras día su condición de paraíso salvaje. La civilización se nos echa encima, y usted, amigo, es una parte de la esa civilización. Me parece un sueño ver en Georgetown a un agente federal norteamericano.

—Acabo de llegar. Y acabo, además, de enterarme de que mi viaje ha sido inútil. Venía a ver a un hombre que ha muerto.

Darwin respiró con fuerza.

—¿Se llamaba Edwin Butler?

—Exacto.

—Siéntese —dijo el capitán, recobrando su flema.

—Fume. Pediré algo de beber —pulsó el timbre para llamar al ordenanza—. Si lo que quiere es obtener mi ayuda para algo, la obtendrá; pero, por Dios, cuénteme qué le ha inducido a venir de los Estados Unidos con el único objeto de ver a Butler, ¡el día mismo en que lo han asesinado!

Larry Koster miró al policía con sus inquisitivos ojos. Luego, tranquilamente, se sentó y comenzó a hablar. Mientras hablaba entró el ordenanza, recibió por señas instrucciones de Darwin, volvió a salir y entró de nuevo con una bandeja en la que había vasos, *whisky*, soda y hielo.

—Hace algún tiempo —dijo el norteamericano—, murió en un hotel de Nueva York un hombre llamado Cyril Blaustein. Tuvo una muerte plácida: le pegaron un tiro en la nuca mientras dormía. Blaustein era una babosa repugnante, un traidor que durante varios años se había dedicado a corromper a jóvenes oficiales del Ejército para obtener a través de ellos informes militares que luego vendía a los agentes extranjeros en la Bolsa clandestina del espionaje internacional. Sus manejos habían salido a luz y fue procesado, pero resultó absuelto por falta de pruebas. Cuando le mataron estaba en la miseria, hecho una ruina, comido por las drogas y el alcohol. Eliminarlo del mundo fue una medida de higiene social. A pesar de ello, era un asesinato y había que encontrar al culpable. Se emprendieron las pesquisas. No había rastros, con excepción de uno: una carta que Blaustein recibió dos días antes, procedente de Chicago, escrita a máquina y sin firma. La carta decía: «Ha llegado tu hora». Suena melodramático, pero era así.

»Las pesquisas, al principio, no condujeron a ninguna parte, y el asunto se archivó. Sin embargo, recientemente se ha descubierto que, hace quince años, Cyril Blaustein residió en Texas y estuvo asociado con un tal Edwin Butler, comerciante en caballos.

»Al seguir esta pista, el

F. B. I.

localizó a Butler como director de la Penitenciaría Colonial de Georgetown. Yo fui enviado para obtener de él algunos datos acerca de lo mucho que de Blaustein desconocíamos, con la esperanza de aclarar la causa de su muerte. Al llegar, me he encontrado con que Butler ha muerto también. Es una coincidencia digamos que muy desagradable.

Koster calló. El capitán se había quedado absorto. Sentía un poco de miedo, porque, de pronto, su pequeño y exótico ámbito de la Guayana se había ensanchado en proporciones inconcebibles...: Nueva York, Chicago, Texas, espías internacionales... Todo aquello le sobrepasaba, le convertía en un ser modesto y pueblerino. Sabía que no estaba a la altura de la responsabilidad que sobre él arrojaban las circunstancias.

—Es posible —dijo— que —ese asesinato de Nueva York y lo que aquí le ha sucedido a Butler se relacionen estrechamente. Le contaré lo que sé, y usted verá. Primero echemos un trago.

Levantó la botella de *whisky*.

La tenía en alto cuando el teléfono se puso a sonar.

—Capitán Darwin al habla... ¿Quién? ¿Mutu? ¿Cómo? —Darwin escuchó unos instantes apretando los labios—. Iré enseguida. ¿Cuáles son las señas? —Tomó unas notas—. Muy bien. Tú no te muevas, Mutu.

Larry Koster se inclinó hacia adelante.

—¿Novedades?

—¿Le gusta ver cadáveres?

—Según y cómo.

—Venga conmigo y verá uno reciente. El de una mujer. No era fea, la pobre.

CAPÍTULO VI

Había docenas y docenas de casitas semejantes a aquella repartidas por la ciudad: paredes enjalbegadas, un pequeño jardín y árboles enormes. Mutu fumaba un cigarrillo en el jardín. Su oscuro rostro no reflejaba la menor emoción.

—No fue culpa mía —dijo, hablándole a Darwin pero mirando con cierta desconfianza al norteamericano—. Ocurrió en unos segundos. Alguien la estaba aguardando dentro de la casa y le pegó un tiro apenas entró. Usaba silenciador, y yo ni siquiera oí el disparo, sino el grito que lanzó ella. La seguí, pero ya el intruso había escapado por la parte de atrás. Es fácil huir a través de los jardines. La mujer vivió todavía un minuto, agonizando. No podía hablar, aunque quería hacerlo. Era inútil.

—Llama al Cuartel General —replicó Darwin, sombríamente. Estaba pensando en las predicciones pesimistas del juez Hillary, que se habían cumplido, y en que, ciertamente, él no estaba a la altura de su responsabilidad—. Deja de mirar a este hombre, Mutu —añadió con impaciencia—. Es el señor Koster, del

F. B. I.,
recién llegado de los Estados Unidos.

Mutu no se impresionó.

—Ya he llamado al Cuartel General, señor. Tanto gusto, señor Koster.

Koster le saludó con una sonrisa y siguió al capitán al interior de la casa. La mujer yacía en el vestíbulo. Como el negro muerto en el Palacio de Justicia, había recibido la bala en la cabeza. En el suelo aparecía una gran mancha de sangre.

—Nuestro asesino no titubea —murmuró Darwin.

El norteamericano se había agachado para examinar la herida

del cadáver. Al verle, el capitán experimentó un ligero consuelo. Ahora no estaba solo. Aquel hombre joven y atlético, de expresión inteligente, podía representar una ayuda inmensa.

Koster preguntó:

—¿Existe alguna conexión entre la muerte de esta mujer y la de Butler?

—Indudablemente.

—¿Le importaría explicarme qué es lo que ocurre?

—Oh, claro que no. Vamos al jardín mientras llegan mis hombres. Mutu, tú los atenderás. Al salir del Palacio de Justicia. ¿Dorothy Morao vino directamente aquí?

—Se despidió del abogado y ha venido directamente y sola, señor.

Darwin asintió, pensativo. Luego se llevó a Koster afuera y relató minuciosamente los sucesos que se iniciaron con el misterioso fin de Edwin Butler. Le ocupó algún tiempo. Dos «jeep» llenos de agentes con el médico, llegaron antes de que terminase, pero no se interrumpió.

Koster, hundidas las manos en los bolsillos, miraba ora al cielo, ora a las copas de los árboles, ora a las ventanas de la casa. Si no se reparaba en los destellos de interés que emitían sus ojos, se hubiera dicho que no prestaba ninguna atención a, la historia.

Sí la prestaba, sin embargo.

—He observado —comentó al final—, que usted acentúa un determinado detalle. Me refiero al hecho de que ese tal Randy Corcoran había salido en dirección al Palacio de Justicia poco antes de que el negro muriera.

—No me fío de Corcoran.

—Ya. —Koster sonreía vagamente—. Sería importante averiguar a qué hora ha vuelto al penal, si es que ha vuelto; si lo ha hecho antes de que esta mujer muriese, en particular, ¿no es así?

—Bien, averiguarlo no estaría de más.

—¿Por qué no vamos a preguntárselo? Dice usted que Corcoran trabajó en Texas con Butler. Por tanto, debió de conocer a Cyril Blaustein, y quizá mi viaje no haya sido tan inútil. Añada que está ese extraño episodio de la carta de por medio... ¿Le necesitan aquí sus hombres?

Darwin miró hacia la casa.

—No. Vamos.

Fueron.

En el penal, Corcoran ocupaba ya de un modo aparentemente sólido el despacho del alcaide. Todo seguía lo mismo. Su única iniciativa había sido trasladar la lámpara que hasta, entonces usara en el cuerpo de guardia. La acariciaba con una especie de mimo cuando los dos hombres se presentaron ante él.

—Deseamos hacerle unas preguntas —dijo el capitán—. Éste es Larry Koster, del

F. B. I.

—la sola mención del

F. B. I.

le daba aplomo—. Las preguntas son realmente en su obsequio.

—¿El

F. B. I.?

—inquirió Corcoran, con algo que pareció asombro—. ¿El F. B. I, en Georgetown?

—Estamos realizando una investigación —declaró el norteamericano, fríamente— en torno a un hombre a quien usted conoce, o por lo menos a quien Edwin Butler conocía. Fueron socios en Texas hace años. Se llama Cyril Blaustein y es médico, aunque le retiraron la licencia para ejercer.

El comandante dijo con brusquedad:

—Ese hombre ha muerto en Nueva York.

—¿De modo que usted le conocía?

—Demasiado. A decir verdad, no era un hombre. Nunca lo fue. Nunca pasó de ser una basura humana.

Darwin miró a Koster. Éste dijo:

—Le agradecería que nos contara cuanto sabe de él.

—¿Qué importa ahora Blaustein?

Koster se mostraba frío como el hielo.

—Supongamos que quien importa es Edwin Butler —replicó.

Corcoran titubeó.

—Edwin, de lo que yo cuente, sólo saldrá perjudicado.

—Ha muerto.

El comandante se acarició la frente. Estaba nervioso. La tensión psíquica a que se hallaba sometido se le hizo a Darwin perceptible, y de una manera molesta.

—Bien, ya veremos si esto contribuye a esclarecer su asesinato o no. Hace quince años, como le expliqué a usted, capitán Darwin, Edwin Butler y yo nos conocimos en Texas. Él había montado un negocio de compraventa de caballos, en el cual yo ingresé a condición de procurarle clientes. Le procuré uno de primer orden: el Ejército. Pero ocurrió que el cliente resultó enseguida demasiado bueno, o sea que sus pedidos superaron con mucho nuestras posibilidades de conseguir y preparar caballos. Edwin se vio forzado a encontrar una solución, y la encontró fuera de la Ley. Consistía en comprarles caballos a los cuatrerros mejicanos que pululaban junto a la frontera. Esta porquería prosperó. En poco tiempo quedó organizada. Los cuatrerros nos conseguían caballos, nosotros los preparábamos y, una vez a punto, los vendíamos al Ejército. Nunca se nos preguntó de dónde procedían los animales. Todo marchaba como la seda.

»Se estropeó a causa de un individuo llamado Eliseo Ribera, que servía a los cuatrerros de intermediario. Ribera y Edwin, que experimentaban instintiva antipatía el uno por el otro, disputaron un día por una tonta cuestión de faldas, un simple pretexto. La cosa se agravó, y Edwin, que era listo, logró indisponer a Ribera con sus compinches mejicanos, hasta el punto de que éstos juraron matarle, y Ribera se vio precisado a huir para salvar la piel.

»La maniobra fue un error, fruto del carácter impetuoso de Edwin. Ribera, que había quedado completamente arruinado y humillado, no perdonaba. Al poco tiempo recibió Edwin noticias suyas: decía, en una carta, que se disponía a revelar al Ejército de los Estados Unidos qué clase de honradez era la del proveedor de caballos de la base de San Antonio y cuál era la verdadera procedencia de dichos caballos, a menos que se le indemnizase por las pérdidas sufridas, Edwin se puso como loco de cólera, pero comprendió que no tenía otro remedio que doblegarse al chantaje. El negocio, en tales condiciones, no podía continuar. Lo vendió, pagó a Elíseo Ribera y se marchó de Texas con su prestigio incólume. Yo me marché también. Durante algunos años, unas veces por separado y otras juntos, probamos fortuna, hasta que recalamos en Georgetown y emprendimos a la par una nueva vida. Ambos estábamos seguros de haber dejado atrás los azares y los altibajos de la antigua, pero desgraciadamente, por lo que respecta

a Edwin, no iba a ser así.

Koster levantó la mano, como para pedirle a Corcoran que se interrumpiera. Preguntó:

—¿Qué papel le corresponde a Blaustein en todo eso?

—Blaustein, que era médico y no podía ejercer, fue nuestro veterinario. Cuando no estaba borracho tenía ojo clínico para los animales, y jamás he conocido a nadie que le extirpara un tumor a un caballo mejor que él. Al disolverse el negocio le perdimos de vista.

—Ha muerto asesinado.

Corcoran se encogió de hombros.

—No sé una palabra acerca de eso.

—¿Y acerca del asesinato de Butler?

El ambiente del despacho era fresco, pero el comandante sacó un pañuelo para restañar el sudor que le inundaba la cara.

—Durante quince años perdimos Edwin y yo todo contacto con Eliseo Ribera. De pronto, hace tres meses, él recibió una carta suya. Ribera anunciaba que venía a la Guayana. Se había enterado del paradero de Edwin, de su relevante posición, de su brillante matrimonio, y estaba dispuesto a hacérselo pagar o a hundirle en el fango. Añadía que ahora era Otro hombre, que no en vano había pasado el tiempo, y que era capaz de llegar hasta la muerte para conseguir sus propósitos. Esta amenaza de chantaje cuando ya todo parecía olvidado y enterrado sacó a Edwin de quicio. Juró que mataría a Ribera apenas pusiera los pies en el país. Estaba esperándole, y creo que lo hubiera hecho. Pero, que yo sepa, Ribera no apareció, ni ha aparecido.

—Entonces, ¿no es él quien ha matado a Butler?

—Lo ignoro.

Darwin intervino con voz tajante:

—Permítame que dude de su ignorancia, Corcoran. Es más, permítame que dude de todo lo que nos cuenta. Según usted, y tío hace mucho que me lo ha dicho, la carta que recibió Butler, su alarma, su actitud hacia su esposa, tenían por causa a un vagabundo llamado Tatum. Si aquello era mentira, esto puede serlo también.

Corcoran apoyó ambos puños sobre la mesa.

—¿Y qué quería que le contara, capitán? ¿Qué quería? Esa

historia de Elíseo Ribera no solamente cubre de fango la memoria de Edwin; me salpica a mi, porque fui su cómplice, porque durante meses estuve vendiendo caballos robados al Ejército de los Estados Unidos y, encima, me aproveché del certificado de «servicios especiales» que obtuve a cambio de mi estafa... ¿Es que no lo comprende, capitán? No se da cuenta de que, diciéndole la verdad, ¿lo pierdo todo y me convierto, de un hombre respetable, en un fullero indigno?

—¡Pero alguien ha matado a Butler!

A Corcoran se le había congestionado el rostro.

—¿Y qué? De haber tenido yo el menor barrunto de que Ribera se encontraba en Georgetown, me hubiera sacrificado inmediatamente, sin titubear, a cambio de la posibilidad de capturarlo. Ahora bien, sacrificarme gratuitamente, porque sí, ¿de qué podía servirle a Edwin? ¿Le hubiera resucitado, acaso?

—En este momento —dijo Larry Koster con suavidad— está usted sacrificándose gratuitamente.

Corcoran le dirigió una centelleante mirada.

—¿Porque me encuentro entre la espada y la pared? He comprendido que, tarde o temprano, acabarán ustedes por descubrirlo todo. Uno no puede romper con el pasado. Me resigno.

—No creo que sea eso lo que piensa —dijo el norteamericano—. Lo que usted piensa es que ya han muerto Cyril Blaustein y Edwin Butler, dos miembros de la sociedad de compraventa de caballos; que Ribera amenazó a Butler precisamente por la época en que Blaustein acababa de morir; y que usted, en fin, ¡es el último superviviente de la sociedad, la quien Ribera matará sin remedio como ha matado a los dos anteriores!

Roncamente, Corcoran insistió:

—¡Ribera no está aquí!

—¿Por qué, pues, tiene usted tanto miedo? ¿Qué otra cosa, sino el miedo, le ha inducido a hablarnos de Ribera? ¡Sepámoslo todo de una vez! —Koster se inclinó hacia el comandante—. ¿Qué motivos de odio alberga Ribera contra ustedes? Si no hay más que lo que usted ha dicho, ¿por qué ha matado a un miserable como Blaustein, a quien en aquel asunto no correspondía ninguna responsabilidad? ¿Por qué ha madurado durante quince años su venganza?

—Se me ocurre una sola explicación: que de repente se haya

vuelto loco; pero ¡mil diablos! No hay prueba de que a Blaustein le matara Ribera, ¡ni tampoco de que matara a Edwin! ¡Convénzase y acabemos!

El capitán Darwin volvió a intervenir:

—Un momento, Corcoran. Calma. Dígame, ¿sabía Blaustein por casualidad que Butler se encontraba en Georgetown como alcaide de la penitenciaría? No me de una respuesta arbitraria. ¿Lo sabía o no?

Hubo un silencio. La pregunta del capitán había hecho que Koster se volviera a éste y le dedicara un ligero ademán de comprensión.

Corcoran dijo al cabo de un instante:

—Quizá sí. No se me había ocurrido eso. Me parece recordar que Edwin aludió en cierta ocasión a que le había echado una mano a Blaustein, que estaba en un apuro, por intermedio de no sé quién. Pero debió ser hace seis años, por lo menos, o sea antes de que yo me reuniera con él aquí y él me colocase a sus órdenes en el penal.

—Puede haber sucedido, en tal caso —explicó Darwin flemáticamente—, que Ribera haya demorado quince años de venganza por la sencilla razón de que ignoraba el paradero de Butler. Hace unos meses lo descubrió a través de Blaustein. Mató a éste para borrar su pista, y acto seguido ha realizado su verdadero propósito. Ha tardado más de tres meses, pero, si había esperado ya quince años, no creo que tres meses le importasen mucho.

—Sospecho que ha dado usted en el clavo —dijo Koster—. Es una idea lógica, capitán. Gracias.

Corcoran, perplejo, inquirió:

—¿Qué pasará ahora conmigo? ¿Qué dirá el gobernador?

Darwin le contempló con las cejas en arco.

—A mi entender, lo que pasará con usted es que morirá a manos de Ribera dentro de unas horas, o dentro de unos días. No obstante, si sobrevive, me comprometo a no revelarle la historia de los caballos al gobernador ni a nadie... a cambio de su ayuda,

—Dios mío, Darwin, ¡cuente con ella!

—No me bastan las palabras. ¿Qué hay de cierto en lo que me contó acerca de Tatum?

—Es cierto el principio. Tatum existe, y estuvo aquí, y Edwin le dijo que se marchara o le mataría. Se fue y no ha vuelto más.

Improviseé el resto para salir del paso.

—¿Qué querían de usted esta tarde en el Palacio de Justicia?

La pregunta pareció tomar de improviso al comandante.

—¿Esta tarde? ¡Oh, había que revisar el expediente de un preso!

Un asunto urgente que Edwin dejó sin resolver.

—¿Se ha demorado mucho allí?

—Una hora.

—¿Ha vuelto al penal enseguida?

—No, he dado un paseo y he comido algo. ¿Por qué?

—¿A qué hora exactamente ha regresado?

Corcoran consultó su reloj.

—Si lo quiere exactamente, hace cuarenta minutos.

El capitán se puso en pie, y Koster, en silencio, le miró.

—Gracias.

—Darwin, ¿puedo saber por qué me ha hecho esas preguntas?

—Simple curiosidad —el capitán esbozó una distraída sonrisa—.

O simples precauciones. Es el caso que alguien anda por la ciudad jugando a muertos...

CAPÍTULO VII

A las once de la noche, el capitán Darwin tenía en su despacho las conclusiones de la autopsia de Abraham Jones, las de la autopsia de Dorothy Morao, un informe de los peritos balísticos y una serie de partes escritos por los agentes.

De todo ello podía establecerse, primero que las balas que mataron respectivamente a Abraham y a Dorothy fueron disparadas por la misma arma, y que esta arma, no era, naturalmente, el «Smith» encontrado en el bolso de la mujer, si bien pertenecía al mismo calibre 32.

En segundo lugar, se había identificado al negro, cuyo verdadero nombre era Abraham Hopkins. Llevaba en la Guayana dos meses, procedía aparentemente de Jamaica y vivió hasta entonces sin ocupación conocida, en un hotelucho del barrio portuario. Fueron localizados el restaurante donde solía comer y la taberna que más frecuentaba, pero de ninguno de ambos lugares se sacó acerca de él gran cosa en limpio. No tenía amistades.

Más ambigua era todavía la personalidad de Dorothy Morao. Trabajaba en una perfumería y vivía sola en la casita que hasta un par de años atrás compartiera con su madre, ya difunta. A diferencia de Abraham, sus amistades eran numerosas. Dijeron que era una muchacha divertida y ligera de cascos, independiente y poco daba a las complicaciones sentimentales. Señalaron, no obstante, que desde hacía cosa de un mes había cambiado de vida y que la causa debía ser un hombre; pero nadie conocía a este hombre, nadie le había visto, nadie sabía una palabra de él. Se trataba de meras suposiciones. Tampoco pudo establecerse si existía entre Dorothy y el negro alguna relación. Las pesquisas continuaban.

Con respecto a Randy Corcoran, sabía el capitán la hora a que llegó al Palacio de Justicia; sabía que abandonó la dependencia donde resolvió su asunto entre cinco y diez minutos antes de que Abraham Jones o Hopkins fuera encontrado muerto; que nadie reparó en cuando salía del edificio; que sus movimientos comprobados dejaban en blanco un gran lapso de tiempo antes de su regreso al penal; y que en este lapso de tiempo se había producido el asesinato de Dorothy. Corcoran, por supuesto, usaba revólver pero era un 38, reglamentario y sin silenciador.

—Cómo ve —le dijo el policía a Koster cuando éste, a las once y cuatro minutos, acudió a visitarle a su despacho—. Corcoran está en el aire, y ni que se lo hubiera propuesto tendría una coartada más endeble. Claro que atribuirle a él los crímenes es una cosa sin pies ni cabeza. Todo parece indicar que Abraham y Dorothy fueron cómplices o encubridores del asesino de Butler y que, muerto éste, han sido a su vez eliminados por razones de seguridad. Pero no veo la razón de que Corcoran matase a su amigo el alcaide de un modo tan alambicado teniendo, como tenía, mil ocasiones y mil medios...

El norteamericano movía negativamente la cabeza.

—La Guayana es un país salvaje —dijo.

Darwin se quedó un poco parado.

—Lo es, pero ¿qué importa?

—Me refiero a que los hombres se rigen en este país por la ley de la selva: el más fuerte, el primero, y ojo y diente por diente. Hay una explicación muy sencilla para la conducta del señor Corcoran si se quiere suponer que es él quien ha matado a Abraham, y Dorothy.

—¿Cuál?

—Que los ha matado para vengar a Edwin Butler.

El capitán abrió la boca.

—¡Por Satanás, Koster, naturalmente! ¡Ese famoso Eliseo Ribera mató a Butler, o hizo que Abraham lo matase! ¡Corcoran ha descubierto que el negro y Dorothy fueron sus cómplices y empieza por ellos su venganza!

—Falta explicar —asintió el norteamericano— cómo lo ha descubierto y como ha podido localizarlos en el Palacio de Justicia, pero puede ser así. El extraño proceder de la mulata quedaría aclarado: huía, temerosa de correr la misma suerte que Jones, y en su atolondramiento eligió la puerta donde más había de llamar la

atención. Si era esa clase de persona, no es raro que llevara un revólver en el bolso.

Darwin, con entusiasmo insólito en él, insertó en su boquilla un cigarrillo y lo encendió.

—Exacto, Koster, exacto. Randy Corcoran, un aventurero, un soldado de fortuna, un tipo que siempre se ha cortado la ley a su patrón, se tomaría la justicia por su mano si alguien matara a su mejor amigo. Eso es. Nada de policía ni de procedimientos regulares: ¡ojo por ojo y diente por diente! ¡Un revólver, y a la calle!

—Veamos más detalles —añadió Koster—. De una parte, es posible que, verdaderamente, Eliseo Ribera no haya venido a la Guayana, que se haya limitado a enviar a Abraham Jones como ejecutor material del asesinato; de otra, quizá Corcoran afirma con tanta convicción que Ribera no está aquí porque quiere matarle él mismo y no desea que nos anticipemos. ¿Cuál de los dos criterios prefiere?

—El segundo —replicó Darwin sin titubear—. La segunda vez que se reparó el teléfono del penal, Abraham estaba solo, pero la primera, el viernes, le acompañaba otro hombre. Este pudo ser Ribera.

—Pudo serlo. Pero hay que aclarar algo más. Corcoran nos ha dado a entender que las amenazas de Ribera sustentaban un chantaje; entonces, ¿por qué Ribera mató a Butler sin intentar antes el chantaje? En los Estados Unidos tenemos un principio de ética criminal que raras veces deja de cumplirse: «Los chantajistas no matan».

—En el presente caso era más una venganza que un chantaje.

—O no. ¿Se da usted cuenta de que todas nuestras hipótesis se sustentan sobre otras hipótesis, cuando no sobre las declaraciones de Corcoran, que ha probado ser un mentiroso si le conviene serlo?

—No podemos remediarlo, Koster. ¿Usted qué me aconseja?

El norteamericano sonrió tensando los labios. En sus perforantes pupilas ardía una llamita de buen humor.

—Yo le aconsejo que le de una paliza a Corcoran hasta hacerle cantar la última palabra de la verdad.

—Eso no puede ser. Aquí no puede ser. Corcoran es un hombre blanco y un alto funcionario de la colonia. Reviento mi carrera si

hago una cosa así, Koster. Las costumbres británicas no son las de los Estados Unidos.

—Pues entonces sométale a estrecha vigilancia y, al mismo tiempo, remueva cielo y tierra hasta encontrar al hombre que acompañaba a Abraham Jones el viernes, sea Ribera o no lo sea. Inunde la ciudad de detectives.

Darwin hizo una mueca.

—No se burle de mí. No tengo detectives.

—¿Tiene confidentes?

—Un par de infelices... Aguarde un momento. Se me ha ocurrido una idea —el capitán consultó su reloj—. Habré de consultar con el Gobernador antes de ponerla en práctica, y puede que todavía no sea esta noche demasiado tarde —descolgó el teléfono y marcó un número—. ¿Residencia del Gobernador? —preguntó. Koster le observaba con interés—. Dígle a Su Excelencia si puede recibir al capitán Darwin. Llegaría dentro de diez minutos. Espero.

El norteamericano inquirió:

—¿Qué se propone?

—Probablemente una barbaridad... una imprudencia como la que ha costado la vida a Dorothy Morao... ¿Sí? —El interlocutor de Darwin hablaba desde el otro extremo del hilo—. Conforme. Diez minutos.

El capitán se puso en pie.

—¿Secreto? —insistió Koster.

—No. He pensado en un hombre que, como confidente, puede resultar de gran utilidad. Usted no le conoce.

Si el gobernador me autoriza la operación, mañana se lo explicaré todo. —Darwin aplastó en el cenicero su cigarrillo—. Vámonos. Le dejaré en su hotel. ¿Se hospeda en el Caribe?

Larry Koster se hospedaba en el «Caribe», que era el único hotel de lujo de la ciudad: clima artificial y baño en todas las habitaciones. Pero, cuando el coche del capitán le depositó ante la puerta, no subió a su cuarto, como el cansancio del largo viaje desde Nueva York le aconsejaba, sino que se fue al bar. En éste había bastante animación. Un pequeño conjunto de músicos de color interpretaba bailables cubanos en la plataforma situada al fondo, y unas cuantas parejas se balanceaban en la pista, Larry

observó que las personas de pura raza blanca eran las menos entre la concurrencia, a pesar de lo cual ésta tenía un aire cosmopolita y razonablemente próspero. Abundaban los orientales. El conjunto ofrecía un cuadro pintoresco de lo que debía ser la sociedad acomodada de la urbe. El ambiente, nuevo y exótico para Larry, no carecía de encanto.

Encontró un hueco en el bar y pidió una ginebra con soda.

—A que sí —dijo alguien junto a él, casi en un susurro.

Se volvió, porque las palabras le estaban evidentemente dirigidas. Era una mujer quien las había pronunciado. Ocupaba, a su lado, uno de los escabeles. Llevaba un bonito vestido estampado en amarillo y gris, que dejaba al descubierto sus brazos, sus hombros y su espalda. Tenía la tez morena, pero Larry hubiera apostado sin titubear a que no había en sus venas una sola gota, de sangre de color. Su cabello era castaño-rojizo. Sus ojos, verdes. Su rostro expresaba una atractiva mezcla de desenfado e ingenuidad. No era bella en el sentido clásico de la palabra, aunque pertenecía al tipo de muchachas que los fotógrafos se disputan para ilustrar las portadas de las revistas en colores.

La mirada de Larry la abarcó a ella y a cuanto había en torno a ella. Así observó que tres hombres no le quitaban oído y que los tres bizqueaban de admiración. Uno era un mulato alto y bien plantado que vestía un impecable traje de seda blanca. Otro era un individuo carirrojo que usaba gafas de concha. El tercero era un chino joven que lucía una flor en el ojal. La muchacha fingía ignorarlos.

Larry preguntó:

—¿Me hablaba usted a mí?

Ella le dedicó una amplia sonrisa. Sus labios, pintados de color ciclamen, formaban un agradable contraste con el blanco de los dientes y el tostado de la tez.

No obstante, se notaba en aquella sonrisa algo raro. Larry miró a la muchacha a los ojos, escudriñó en ellos. Lo supo inmediatamente. Llevaba unas copas de más. Estaba ligeramente ebria.

—Decía que, a que sí, a que era usted un compatriota. No me he equivocado. ¡Santo Dios, me siento como si hubiera naufragado en Marte y un terráqueo llegara en su astronave en mi socorro! Cuento los marcianos que tengo alrededor, fíjese, ¡fíjese! ¡Qué panorama!

Larry no contó los marcianos.

—¿Vive en el hotel?

—No.

—¿Ha venido sola?

—Sola, por fortuna.

—No debió hacerlo. O no debió ponerse en este estado. Es... peligroso. A los marcianos se les sube enseguida la sangre a la cabeza.

La muchacha rió ruidosamente.

—¿Usted no pierde la serenidad?

Larry leía como en un libro lo que el mulato, el chino y el hombre de la cara roja pensaban. Los tres no eran en aquel momento sino una especie de habitantes de la jungla acechando la presa que creían a su alcance; una escena de caza tan vieja como la humanidad.

—Será mejor que se marche, señorita. Y mejor aún que yo la acompañe a casa. Usted se da cuenta...

—Suponga que sí me doy cuenta, y que me gusta jugar con fuego.

—No diga tonterías.

—No son tonterías.

—Está bien. —Larry apuró su ginebra de un trago—. Juegue y quémese. A mí nadie me ha dado vela en este entierro.

Ella le retuvo por un brazo.

—Espere. No me haga caso, por favor. Estoy más serena de lo que supone. Bromeaba. Me gustaría bailar con usted.

Él se encogió de hombros.

—Conforme.

La condujo a la pista y, al ceñirla, la sintió ligera, nerviosa, tibia y suave. Volvió a mirarla a los ojos, ahora con mayor interés; pero la joven inclinó la cabeza y sólo sus cabellos le rozaron la mejilla.

—Mi nombre es Betty Holden, ¿y el suyo?

—Larry Koster.

—No me diga que es de Nueva York.

—Sí.

—Yo también: nací en la calle Ciento Tres Oeste.

—Larry notó que la muchacha se estremecía. —Ay, usted no sabe lo que significa para mi haberle encontrado. Un compatriota, un caballero y el hombre más apuesto que he visto en esta

asquerosa ciudad... Mi abuela decía que no es propio de una muchacha que se estime demostrarle a un hombre la admiración que se siente por él, pero yo no soy una muchacha que se estime. Oh, Larry, Larry Koster, ¿qué azar le ha traído aquí?

—Me hospedo en el hotel.

—¿Cuánto tiempo lleva en Georgetown?

—Unas horas.

—Y puede marcharse cuando guste, ¿no es verdad? Puede emprender el vuelo cuando le de la gana, y escupirle a este estercolero apenas esté en el aire...

—¿Qué tiene usted contra Georgetown?

—¡Todo!

—¿Por qué no se marcha, entonces?

—¡Porque no puedo!

—¡Hum! —Gruñó Larry—. Sospecho que se ha equivocado conmigo. Anclada en la Guayana, ¿eh? Lo siento, paloma, pero yo no tengo un centavo. Viajo por cuenta del Gobierno. No soy el tipo que le conviene.

Ella no contestó.

Cuando, intrigado por su silencio, Larry le escudriñó el rostro, vio sus ojos arrasados en lágrimas.

—¿Qué le ocurre, demonio?

—Nada —susurró la joven—. Tiene usted derecho a pensar que soy una aventurera, una mujer del arroyo, lo que quiera, y acertará. Pero ni remotamente pensaba pedirle dinero. Con apoyar la cabeza en el pecho de un hombre como usted me conformo. Unos minutos. Sólo para recordarlo después, cuando se aleje su astronave y yo vuelva a quedarme sola entre los marcianos. Una especie de sueño.

Larry hubiera jurado que era sincera.

—Lo siento. Si puedo ayudarla, dígalo. No nací muy lejos de la calle Ciento Tres Oeste, ¿comprende?

Ella le oprimió afectuosamente la mano.

—Gracia. —No, nadie puede ayudarme. Prefiero que no hable y me deje soñar. Cállese, Bailemos.

Bailaron en silencio.

Un instante más tarde, súbitamente, el cuerpo de la muchacha se puso rígido. Larry advirtió que desaparecían su ligereza y su suavidad. Sus pies tropezaron. Se detuvo.

Betty Holden estaba pálida y miraba fijamente hacia la puerta que conducía al vestíbulo del hotel.

—Tengo que marcharme —murmuró.

—La acompañaré.

—¡No!

El monosílabo había brotado violentamente de sus labios.

—Pero...

—¡No, Larry, es imposible! ¡Déjeme! ¡Me voy!

—¿Volveremos a vernos?

—¡No!

—Pero ¿esto qué es? —protestó él—. ¿El cuento de la Cenicienta?

Ella estaba a punto de llorar.

—Ojalá lo fuera, Larry. Adiós. Usted no quiere, causarme un gran daño, un daño irreparable, ¿verdad que no? Entonces, no se mueva de donde está.

—Betty, no podemos separarnos así. Usted me necesita.

—Ya no. Adiós, Larry, y gracias.

Echó a andar. Pasó por el bar y recogió su echarpe y su bolso. El mulato se inclinó a decirle algo al oído. Ella semejó no oírle. Indiferente, se encaminó a la puerta del vestíbulo y desapareció.

Parado al borde de la pista, Larry la vio esfumarse con una desconcertante sensación de angustia. Tenía en la boca un sabor amargo. Sabía que había rozado un misterio, quizá una tragedia, algo que escapaba a sus facultades de comprensión; pero algo humano y vivo, pura realidad, porque ni las lágrimas de Betty Holden fueron falsas, ni lo fue el patético y desgarrado tono de su voz. De todos modos, una gran sorpresa.

Luego observó que un hombre se apartaba del extremo del bar más próximo a la puerta y cruzaba ésta en pos de la muchacha. Llevaba las manos en los bolsillos. Era alto, moreno, de sienes grises y vestía un traje azul. Caminaba con pasos largos y resueltos.

Nada más.

Una compatriota llamada Betty Holden. No había muchas jóvenes norteamericanas en Georgetown, y quizá ninguna como Betty Holden. Encontrarla no iba a ser difícil...

Al pedir en el bar una segunda ginebra, Larry pensó: «Tengo que hacerlo».

Esto fue el lunes por la noche.

CAPÍTULO VIII

El martes por la noche, un hombre que caminaba de un modo raro, como encogido, o con timidez, y que vestía un traje de confección nuevo, un poco ancho para su talla, recorrió las tabernas y los cafés del distrito del puerto, los del barrio chino, y hasta los tugurios donde holgaban los malolientes negros del arrabal. En todas partes decía:

—Busco a Perdigao.

Encontró a Perdigao casi a las doce. Era un mestizo muy grueso, que tenía ojos furtivos, ojos de cobarde, y una cicatriz en el mentón. Vestía un llamativo y caluroso traje listado, camisa negra, corbata blanca. Llevaba los rollizos dedos cargados de anillos falsos.

Cuando Perdigao vio al hombre, sus ojos se abrieron de asombro y terror. Fue en un sucio local próximo a los muelles.

—¿Qué haces aquí? —articuló—. ¿Te has vuelto loco? ¿Te has fugado, Oliver? ¿Es que no sabes lo que te espera?

—No me he fugado, tranquilízate —replicó Oliver—. He salido por buena conducta. Estoy en libertad provisional.

Perdigao resolló y se restañó el sudor de la frente.

—Hijo mío, menudo susto. Ven, vamos a sentarnos, lo celebraremos —su obeso rostro se puso repentinamente grave—. Oh, lo siento... olvidaba... Supe lo de Julia. Es... horrible... dos días antes de que te soltaran...

Oliver miró al suelo.

—No hablemos de eso. Estoy deshecho, Perdigao, acabado, hundido. Necesito un trago. Quería... quería verte...

Siguió a Perdigao a una mesa y se sentó frente a él.

—Me han dicho que alguien me buscaba por todas partes —declaró el gordo. Le gritó al tabernero que sirviera ron, y añadió—:

No suponía que fueras tú —forzó una sonrisa—. Me alegro, me alegro de verdad. ¡Arriba esos ánimos, Oliver! Estás libre. Vas a empezar otra vez.

Oliver murmuró:

—Pero no aquí.

Perdigao aguardó a tener el ron delante y a que el expenado hubiera bebido. Entonces preguntó:

—¿Por qué no aquí? ¿Qué ocurre?

—Quiero marcharme.

—¿Volver a Trinidad?

—¡No! —Oliver sacudió rabiosamente la cabeza—. Todo ha terminado, Perdigao, ¿no lo comprendes? Me moriría de pena y de añoranza en Trinidad, y moriré aquí si me quedo. Ella... Julia... es como si su fantasma flotara a mí alrededor... Tengo que huir de esto, porque está consumiéndome. —Oliver posó en el rostro del gordo los ojos—. Huir al Brasil.

Perdigao murmuró algo ininteligible.

—Estás en libertad provisional —agregó—. No puedes marcharte. No puedes salir de Georgetown. Si me buscabas para eso, sintiéndolo mucho no te ayudaré. La policía, me vigila. Un solo paso en falso y me atraparé. Sácate la idea de la cabeza, Oliver —el tono del gordo se hizo afectuoso—. Te comprendo, pero es imposible. Cuenta conmigo para todo lo demás. No te preocupes. Diré...

—No —le interrumpió el mestizo—. No, gracias. No creo haberte pedido todavía que me ayudes a salir de aquí.

—¿Entonces?

—He reflexionado mucho acerca de ello. Hay un hombre... Bien, es mejor para ti no saber de qué se trata. Ese hombre me sacará de la Guayana, me llevará al Brasil y me abrirá camino. Está obligado. Lo único que necesito es que tú le encuentres.

—¿Quién es?

—Ignoro su nombre. ¿Has conocido por casualidad a un tipo llamado Abraham Hopkins que vivía en el Hotel Porto?

Los ojos de Perdigao se llenaron de sombras.

—Eh, Oliver, a ese Hopkins le han pegado un tiro.

—Lo sé, no tiene nada que ver, es cuestión aparte. Pero el hombre a quien me refiero era amigo y socio di Hopkins. Búscales,

ponme en contacto con él y nunca más habrás de preocuparte de mí. Cosa de vida, o muerte, Perdigao. No me abandones ahora.

Perdigao daba claras muestras de recelo.

—¿En qué porquería te has mezclado, Oliver?

—Más te vale no hacer preguntas —Oliver encogióse sombríamente de hombros—. El penal... es otro mundo... No, no temas, te juro que esto no te causará ningún perjuicio. No hay nada malo. Nada.

—No me gusta.

—¡Ten confianza en mí!

El gordo guardó un largo y malhumorado silencio, mientras Oliver bebía un segundo y luego un tercer vaso de ron. Al fin gruñó:

—Ya veré. ¿Dónde te alojas?

—En ninguna parte.

—Pues aguarda un momento.

Había un teléfono de pared al fondo del local, y Perdigao se levantó de la mesa para ir hacia él. Marcó un número. Habló sin alzar la voz, vuelto de espaldas a la gente:

—Mariana, ¿eres tú? Oye, te enviaré un huésped... Sí, alguien que me interesa de modo particular. Trátale bien, pero Vigílale, averigua en qué ocupa el tiempo, a quién ve, con quién se relaciona. Tú sabes hacerlo. Se llama Oliver. Un mestizo. Irá dentro de un rato.

Perdigao cortó la comunicación y marcó un nuevo número.

—¿Kemmerich?

—Yo mismo.

—¿Qué sabes de ese negro a quien han despachado en el Palacio de Justicia? Soy Perdigao. Me interesa ese hombre.

—No sé nada.

—Volveré a llamarte a las dos. Ese negro tenía un socio, un amigo. Entérate de todo lo que haya. Da todo, ¿comprendes?

—Sí.

El gordo encendió un cigarro y regresó lentamente a la mesa.

—Deja de beber y vámonos —le dijo a Oliver—. Te he buscado alojamiento. En cuanto a lo otro, mañana por la mañana decidiré.

Oliver se lo agradeció con un murmullo.

Esto fue el martes por la noche. El jueves siguiente, a mediodía, Oliver, un poco menos tímido y menos encogido, entró en un

restaurante de segundo orden situado en la calle Raffles, donde había en aquel momento una veintena de personas. Una de estas personas era un hombre de unos cuarenta años que llevaba un jersey listado blanco y azul; un hombre moreno, robusto, de velludos antebrazos, que comía sólo en una mesa. En cuanto le hubo localizado, Oliver se dirigió hacia él.

—Me envía el señor Perdigao —anunció.

El hombre le lanzó una rápida mirada y siguió comiendo.

—Siéntese.

—Es por lo de Hopkins —añadió Oliver, después de obedecer.

—Lo supongo —dijo el hombre, con la boca llena—. Ustedes sabrán qué cuerno buscan. Yo no conocía a ese condenado negro más que de vista, y puede advertirle a Perdigao que no soy manco y que me las pagará si se arma jaleo y. Por su culpa, yo me meto en él.

—No se armará jaleo. El señor Perdigao me ha dicho que usted me contaría de Hopkins algunas cosas, eso es todo.

—Lo mismo que les he contado a él y a Johns —el hombre, disimuladamente, señaló con el pulgar hacia una mesa, próxima a la puerta—. ¿Ve al pájaro sentado allí? ¿El que ahora bebe? ¿El de las sienes grises?

—Sí.

Era un individuo vestido de blanco, moreno, alto, con un cierto aire de persona importante. Oliver arrugó el entrecejo. Le recordaba a alguien. De pronto, lo supo: a César Romero, un actor de cine.

—Yo pasé una semana en el Hotel Porto y ocupé una habitación vecina de la de Hopkins —dijo el hombre del jersey listado—. Vi dos veces al negro en compañía de ese fulano, una dentro de un taxi y otra en un bar. Pura coincidencia. El fulano almuerza aquí cada día. Y yo también. Que se relacionara con Hopkins me chocó. Si es eso lo que ustedes buscan, ahí queda.

—¿Por qué le chocó?

—Nunca vi a Hopkins con nadie más. Solo, siempre solo —el hombre engulló un bocado—. Era un pillastre, y apostaría a que, si vino de Jamaica, lo hizo huyendo —de la policía. En cambio, ese fulano tiene que ser una persona decente.

—Quizá lo sea únicamente en apariencia.

—No. Por lo menos es un hombre que trabaja.

—¿Dónde?

—En el Hospital Colonial. Oí que una vez hablaba de esto con el camarero. El camarero le había visto allí cuando fue no sé si a visitar a su hermana, enferma.

—¿Quiere usted decir que es médico?

—No. Una especie de enfermero, o algo así.

Oliver se estremeció. Tenía mal recuerdo del Hospital Colonial: una cama y, en la cama, Julia muerta.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé. Oh, aguarde, sí. El camarero le llamaba «señor Luna». Fíjese —puesto en pie, el «señor Luna» dejaba unos billetes sobre la mesa—, se marcha ya.

—¿Al hospital?

—Pues claro. A ganarse el pan. Nosotros, la gente honrada —el tono del hombre del jersey listado reflejaba cierta amargura—, no tenemos otro remedio que trabajar para vivir.

Oliver ignoró el comentario. Preguntó:

—¿Hay teléfono aquí?

—La cabina está ahí detrás.

El expresidiario abandonó la mesa, fue a la cabina y se encerró en ella en el momento en que el «señor Luna» salía del local.

Estuvo hablando lo menos cinco minutos. Con dos personas, una tras otra.

Sonreía al reaparecer. Cuando pasó al hombre del jersey listado le dio una palmada en la espalda.

—Gracias, amigo, y no se preocupe.

Mientras Oliver salía del restaurante, un muchacho nativo ocupaba la cabina telefónica y marcaba un número apresuradamente.

—¿Mariana? —preguntó—. Mariana, dígame al señor Perdigao que Oliver ha estado aquí, que ha hablado con Ballinger y ha visto a Luna. No conocía a Luna. Después de verle ha llamado por teléfono. Dos llamadas. No he podido averiguar a quién ni escuchar las conversaciones, porque lo ha hecho desde una cabina. Acaba de marcharse muy satisfecho. ¿Qué hago? ¿Le sigo?

Una voz de mujer respondió:

—Prueba a seguirle, si no es demasiado tarde.

—Muy bien.

El muchacho colgó y salió casi a la carrera. Pero no pudo seguir a Oliver. A éste no se le distinguía ya.

CAPÍTULO IX

El coche descubierto de la policía se detuvo en el patio del Hospital Colonial. El capitán Darwin se apeó por un lado, y Larry Koster por otro. Ambos entraren en el edificio.

Una joven china que usaba gafas atendía la centralilla telefónica. Sus ojos se entornaron al ver el uniforme del capitán.

—Necesito hablar con el jefe de personal —dijo éste—. De prisa y con discreción, señorita, vamos.

Ella dio el aviso.

—Pasen ahí, a la derecha. Viene al momento.

A la derecha había una pequeña y calurosa sala, de espera. ¡El jefe de persona!, un inglés de prominentes narices, entró pisándoles casi los talones.

—Usted es el capitán Darwin, ¿no? —dijo—. Le ha visto en el club de *bridge* algunas veces, y he oído por radio que se ocupa de la misteriosa muerte de Edwin Butler. ¿Será posible que quiera hablarme de eso?

—Cosas más raras son posibles. ¿Está empleado en el hospital un hombre llamado Luna?

El jefe de personal puso cara inquisitiva.

—Sí, ¿por qué?

—¿Qué cargo tiene?

—Ayudante de anestesista.

—¿Posee algún título facultativo?

—Me parece... recuerdo... Sí, un título de practicante expedido por el «Hobbes Memorial Hospital», de San Luis, en los Estados Unidos. También posee varios certificados de servicios profesionales, casi todos prestados durante la guerra. Conoce su oficio, si es eso lo que quiere saber.

—¿Es ciudadano norteamericano?

—Sí.

—¿Se hizo practicante durante la guerra?

—Sí.

—¿Desde cuándo está aquí?

—Hace... mes y medio... cerca de dos meses.

Darwin miró a Koster. Dos meses. También hacía dos meses que Abraham Hopkins llegó de Jamaica.

—Tenemos que verle. Pero no le avise. Iremos a donde se encuentre. Es —el capitán sonrió— una visita sorpresa.

El jefe de personal movió la cabeza negativamente.

—Lo siento, equivocaron el día. Luna acaba de telefonear diciendo que no venía esta tarde, Se siente indispueto.

Darwin enarcó las cejas. ¿Luna indispueto? ¿Con tanta oportunidad? ¿Se trataría de una coincidencia? ¿De qué, si no?

—Denos sus señas, haga el favor.

—Un instante.

El jefe de personal salió.

—Indispueto —recalcó Koster; Darwin comprendió que el norteamericano pensaba lo mismo que él—. Es absurdo suponer que algo o alguien le ha avisado de lo que le esperaba aquí, a no ser que disfrute de poderes mágicos. O a no ser, como probablemente es, que sigamos una pista falsa. Que un individuo de quien nada sabemos viera dos veces a Hopkins en compañía de Luna no significa, ni muchísimo menos, que éste y el fabuloso Elíseo Ribera sean una misma persona. ¿Qué demonio pasa en este asunto, capitán? ¿Por qué un tramposo comerciante de caballos tejano aparece quince años más tarde convertido en alcaide de una prisión británica? ¿Por qué un cuatrero mejicano se convierte en ayudante de anestesista en un hospital de la Guayana? ¿Cuál es la causa de este desbarajuste de personalidades?

—Usted no conoce el trópico —replicó tranquilamente Darwin —, o de lo contrario no se sorprendería. Esto es la coctelera de la humanidad. Encontrará usted cerrajeros trabajando como pintores, médicos como labradores, ingenieros como agentes de seguros. Por regla general, quien llega aquí hace de su vida pagada borrón y cuenta nueva, y lo hace más cuando ha habido una guerra de por medio...

El jefe de personal regresó soplando una cuartilla para secar lo que en ella había escrito.

—Tome usted.

El capitán leyó:

«Harry F. Luna. —Departamento Digger— 200, Center Street».

—Gracias.

—Capitán Darwin...

—¿Qué?

El jefe de personal titubea.

—Lamentaría que surgiese algún conflicto en relación con Luna. Es un buen elemento, y usted sabe hasta qué punto faltan buenos elementos en estos hospitales perdidos en el extremo del mundo. Si me dice usted lo que desea de él, quizá yo pueda ayudarle en beneficio de todos.

Darwin preguntó abruptamente:

—¿Sabe si su nombre verdadero es Elíseo Ribera?

—¡Cómo! ¿Acaso el de Luna es falso?

—¿Sabe qué relación le unía a un negro llamado Abraham Hopkins?

—Santo Dios, no —el jefe de personal se quedó atónito—. No lo sé. Ignoro quién puede ser Abraham Hopkins.

—¿Qué me cuenta, pues, de las amistades de Luna?

—Tiene aquí... buenos compañeros... yo mismo...

El capitán se encogió de hombros.

—Dejémoslo, ya ve que es inútil. Adiós, señor.

Salió, con Larry Koster en pos de él.

Apenas cruzaron la puerta del edificio, ambos vieron que el agente conductor del coche miraba con excitación hacia allí y les hacía señas. Avivaron el paso.

—¡Señor, escuche esto! —exclamó el agente.

Tenía puesta la radio. Darwin oyó:

—... un balazo en la nuca —hubo una pausa—. Repito. Informa Luther Evans, de la tercera patrulla volante. Hay un hombre muerto casi exactamente junto al mojón número cinco de la carretera de

New Salisbury. No lleva encima otro documento que una certificación de libertad provisional a nombre de Sigmund Oliver. Ha recibido un balazo en la nuca. Corto.

Koster miró al capitán y le vio blanco como el papel.

—¿Sigmund Oliver?

Darwin articuló:

—Es el fin. Después de esto presento mi renuncia. Yo le he matado. Yo maté a Dorothy Morao. Yo he sido.

—¡Darwin!

—Cállese —el capitán subió al coche con movimientos mecánicos—. Yo le he enviado a la tumba. Jamás me lo perdonaré. Jamás me lo perdonará nadie... —Cerró bruscamente la radio—. Vamos a verle.

El norteamericano se quedó dónde estaba.

—Los cadáveres ya no me —interesan. Pero ¡diablo!, no lo tome así. Usted no podía preverlo. No había ningún peligro, y lo sabe.

Darwin no contestó.

Cuando el coche hubo partido Koster salió a pie, lentamente, del patio del hospital. Un poco más allá, en la esquina, había una parada de taxis. Tomó uno.

—Departamentos Digger —le dijo al conductor—, en Center Street.

Los cadáveres, los muertos, ya no le interesaban, pero los vivos sí.

Los Departamentos Digger eran de construcción reciente y formaban un bloque largo como toda una, manzana, de siete pisos de altura. Representaban un tipo de edificación muy raro en la ciudad. Koster, al verlos, pensó en Nueva York; en un Nueva York eternamente veraniego, multicolor, alegre y luminoso.

En el vestíbulo, la lista de vecinos indicaba que la mayoría de las habitaciones se hallaban todavía por ocupar. Harry F. Luna figuraba en el número 207. Piso segundo.

Al salir del ascensor, Koster se palpó instintivamente el sobaco izquierdo. Allí estaba su pistola. Como siempre.

Sólo que quizá, ahora, palparla fuera un acto gratuito.

O quizá no.

El botón de llamada a la puerta 207 era blanco: sonaba mi discreto zumbador si se oprimía.

¿Indispuesto? ¿Estaba Luna indispuesto?

La puerta se abrió.

—Usted..., usted no puede... ¡Márchese!

Adelantando un hombro, Koster evitó que la puerta volviera a cerrarse. La sorpresa, la enorme sorpresa, no le había impedido reaccionar a tiempo. Sostuvo firmemente la hoja y pasó por la abertura. La puerta, entonces, se cerró violentamente. Ya no importaba. Él estaba en el interior.

Y ella también. Vestía una bata de casa que le colgaba hasta los pies e iba casi sin maquillar, pero aparecía igualmente atractiva en su descuido.

¡Era Betty Holden, la muchacha del bar del Caribe!

—Aunque nunca he dudado de que volvería a verla —dijo quedamente Koster—, ni remotamente se me hubiera ocurrido que sería aquí.

La joven respiraba agitadamente. Sus ojos expresaban algo que probablemente era terror.

—Márchese —imploró— márchese, ¡se lo ruego! ¡Le pedí!...

—No he venido por usted.

Ella, de pronto, le entendió.

—¿Cómo? ¿No ha venido por mí?

—Por Luna. ¿Es algo suyo?

La muchacha miró al suelo.

—Si.

—Bien, ha avisado hace poco al hospital de que se sentía indispuesto.

—¿Quiere decir que es usted un médico?

El norteamericano forzó una sonrisa.

—Supongamos que lo soy. ¿Puedo verle?

—¡No!

—Oiga, no compliquemos las cosas.

A Betty se la notaba en violenta tensión.

—No puede verle porque no está. Ha salido. Ahora que ha comprobado que su indisposición no es grave, me hará el favor...

—Le haré cualquier favor, menos ése —replicó Koster. Miró en torno. Un diminuto recibidor comunicaba directamente con el cuarto de estar, amplio, blanco, agradable—. Usted y yo tenemos mucho que hablar.

—No, no tenemos que hablar. No haga caso de lo que le dije la otra noche. Estaba ebria, y cuando bebo me da por el melodrama. No sabe cuánto me he reído luego pensando lo que habría imaginado usted.

—No se esfuerce. —Koster echó a andar, pasó junto a la joven y entró en el gran cuarto—. Aprendí hace años a distinguir entre el melodrama y la vida.

Betty emitió una risa falsa.

—Ustedes, los médicos...

—Le digo que no se esfuerce. Ni de lejos ha creído que yo sea médico. Probablemente adivina lo que soy en realidad.

—¿Qué es?

—Un agente de la policía federal norteamericana.

—Oh —murmuró la joven.

Koster avanzó hasta un sillón tapizado de plástico amarillo y se sentó tranquilamente en él. Al alzar la vista observó que la actitud de Betty había cambiado. La muchacha se mostraba hostil, recelosa, pero al mismo tiempo como abrumada, como si sobre ella se hubiera derrumbado algo pesado que apenas la dejaba respirar. Estaba en pie a unos metros, rígida, con las manos entrelazadas, Sus bellos ojos eran dos pozos insondables.

Él preguntó:

—¿Me tiene miedo?

—Dígame a qué viene y le contestaré.

—A hablar con un hombre llamado Harry F. Luna. A hablar de un negro amigo suyo conocido por Abraham Hopkins, o Abraham Jones. A hablar de una mujer llamada Dorothy Morao, de un presidiario llamado Sigmund Oliver y de un compatriota nuestro que en vida se llamó Edwin Butler. Quizá nos remontemos incluso a Cyril Blaustein, que fue un canalla. Excepto el propio Luna, todas esas personas han muerto.

Betty empezó súbitamente a moverse. Con pasos nerviosos se dirigió a un mueble bar, lo abrió, cogió una botella y vertió tres dedos de *whisky* en un vaso. Las manos le temblaban.

Pero, le temblaran o no, fue lo bastante hábil para, cuando depositó nuevamente la botella en el interior del bar, retirar de éste un pequeño revólver. Volvió la boca del cañón hacia Koster y dejó que el vaso se deslizara entre sus dedos, cayera al suelo y se hiciera

añicos.

—Márchese —dijo roncamente—. No estamos en los Estados Unidos y aquí no tiene usted autoridad. Se lo ordeno por última vez: ¡márchese antes de que él regrese!

—¿Se refiere a Luna?

—¡No hable en vano! ¡Márchese!

—¿Qué es él para usted?

—Es... es mi marido...

—Su marido sin necesidad de juez ni de sacerdote —aventuró Koster burlonamente. Sólo quienes le conocían muy bien hubieran descubierto en su tono de burla un fondo amargo—. ¿Se debe a Luna la imposibilidad de regresar a los Estados Unidos a que se refirió la otra noche?

—¡Olvide lo de la otra noche!

El norteamericano dijo a media voz:

—No podré olvidarlo nunca.

Y entonces presenció algo sorprendente. Betty se estremeció. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Bajó la mano con que sostenía el revólver y éste cayó al suelo junto al vaso roto y el charquito de *whisky*.

La muchacha ocultó el rostro y se puso a sollozar.

—Acláreme si eso es melodrama o realidad —pidió Koster, al cabo de un momento, con voz fría Podría volver a equivocarme.

Ella preguntó casi inaudiblemente:

—¿Qué es lo que quiere usted de Harry Luna?

—Primero, saber si le han llamado alguna vez Eliseo Ribera. Segundo, detenerle por asesinato.

—¿Aquí?

—Obro de acuerdo con la policía colonial.

Hubo un silencio. Lo rompió Betty:

—¿Le sería a usted posible llevarme a un lugar seguro? ¿Llevarme ahora mismo? ¿Ocultarme?

¡Súbitamente, Koster comprendió que se hallaba al borde del triunfo!

—Sí.

La joven se apartó las manos de la cara. Tenía los ojos enrojecidos.

—Está bien. No puedo más, he terminado, moriré si resisto esto

aunque sólo sea una hora. Lléveme con usted antes de que sea tarde. Le diré todo lo que sé acerca de Luna. Si han de condenarle a muerte, tanto mejor.

Koster no se movió del sillón.

—¿Melodrama?

—Haga la prueba.

El norteamericano sacó un paquete de tabaco y encendió parsimoniosamente un cigarrillo. Parecía encontrar en la situación un gran deleite.

—Conforme. Vístase.

La muchacha le miró lenta y deliberadamente, echó a andar, abrió una puerta y desapareció.

Tardó siete minutos. Se había peinado, se había puesto un vestido azul y dado a sus labios un poco de color. Llevaba en la mano un bolso de viaje. Pero no mostraba ni asomo de vivacidad, de satisfacción, de entusiasmo, como si, en lugar de un corazón, latiese dentro de ella un mecanismo.

—Cuando guste.

Koster sintió pena mientras abandonaba el sillón y la acompañaba a ella hacia la puerta de salida. Betty Holden no se lo había dicho expresamente, pero el paso que estaba dando debía de causarle un gran dolor. Sufría y había sufrido. Era una muchacha sin suerte, y lo bastante joven como para merecer toda la suerte del mundo.

Salieron al corredor. No se veía a nadie.

Pero había alguien; alguien, un hombre que se ocultó en la escalera cuando se abría la puerta del departamento; alguien cuyo rostro tenía en aquel momento una expresión de inmensa perplejidad.

Betty y Koster bajaron en el ascensor.

El hombre no los siguió. Se quedó en la escalera, reflexionando.

CAPÍTULO X

Usaba monóculo: el detalle armonizaba perfectamente con el resto de su persona. Era alto, distinguido, de perfil enérgico y fríos ojos azules, con la tez de ese tono ladrillo oscuro que el clima tropical infunde a los cutis ingleses. Su elegante uniforme color garbanzo ostentaba las insignias de coronel. Nunca alzaba la voz, pero sabía hacerse respetar y obedecer con una sola palabra, como si hubiera nacido, y en buena parte era así, para el mando. Se llamaba Horace Fox. Era el jefe superior de la Policía Colonial de la Guayana Británica.

Guarecido en la sombra que proyectaban los muros; del patio del Cuartel General, el coronel Fox jugaba distraídamente con una fusta mientras presenciaba cómo unos agentes descargaban de una ambulancia una camilla. En la camilla iba un hombre muerto.

—Mi decisión es irrevocable, señor —dijo el capitán Darwin, que estaba junto a él—. Le agradeceré que se sirva aceptar mi renuncia. Regresaré a Inglaterra en el primer barco, y de veras deseo a usted y al Gobernador que mi sucesor no me supere en ineptitud.

—Tonterías —replicó secamente el coronel.

Hizo a los dos hombres que transportaban la camilla seña de que se detuvieran, y se inclinó para examinar el cadáver. Oliver, muerto, semejaba más joven y más oscuro que vivo. Le habían disparado un tiro en la nuca. La trayectoria, de la bala le destrozó parcialmente el cráneo.

—Estaba tendido en el borde de la carretera —explicó Darwin—, oculto a medias por un matorral. Lo arrojaron de un coche, sin duda, y fue arrastrado un par de metros. No comprendo... no acabo de comprender por qué se confió así...

—Ni yo —dijo el coronel. Indicó a los camilleros que

continuaran—. Pero hay algo que comprendo menos aún, Darwin, y es su acceso de sensiblería. Han matado a un criminal indígena, ¿y qué? ¿Eso es motivo para que usted estropee como un insensato su brillante carrera?

Darwin se mordió los labios.

—Usted y yo vemos las cosas de distinta manera, señor. Prefiero no discutirlo, pero sí quiero hacer constar que, en el momento de su muerte, Sigmund Oliver no era un criminal, sino un servidor de la ley. Cuando el agente norteamericano me aconsejó que utilizara confidentes en la búsqueda de Eliseo Ribera, recordé que Oliver le había jurado agradecimiento eterno a Edwin Butler porque éste le permitió abandonar el penal para asistir al fallecimiento de su esposa. Yo sabía quién y cómo era Oliver. Tracé un plan y le pedí permiso al Gobernador para llevarlo a la práctica. Hablé con el propio Oliver. Le dije con qué objeto la necesitaba y le advertí que no podía esperar ningún beneficio, ni siquiera, una reducción de su condena, por ayudarme, aunque el Gobernador haría todo lo posible en su favor. Oliver accedió sin pedir nada a cambio, sólo para aportar su contribución a la captura del asesino de Butler. El plan era fingir que se le había puesto en libertad provisional. Oliver recurriría a sus amistades en los bajos fondos. Ignoro de qué medios se ha valido, pero este mediodía me ha avisado de que había localizado, si no a Ribera, a la única persona que parecía haber estado en relación con Abraham Hopkins: un practicante del Hospital Colonial llamado Luna. He ido al hospital y, mientras yo me encontraba allí, él ha muerto como un perro en la carretera de New Salisbury...

—Lamentable —gruñó Fox—; pero ¿qué le vamos a hacer?

—Nunca debí meter a Oliver en un juego tan peligroso. Había ofrecido a Butler su vida, y bien cierto es que se la ha entregado. Gratuitamente, además, porque su sacrificio de nada sirve.

—Y de nada servirá el de usted —el coronel echó a andar hacia el extremo del patio—. Rechazo absolutamente su dimisión, Darwin, entiéndalo, por lo menos hasta que este condenado caso termine. Luego... hablaremos.

—¡Señor, no puede usted hacerme eso!

—¿Qué he de hacer, pues? ¿Doblegarme ante su ataque de histeria?

—¡Está usted insultándome!

—Es usted mismo quien se insulta —dijo Fox—. Todos cometemos errores, y no nos suicidamos por ello. Vuelva a su trabajo, Darwin. Tome, antes de que sea demasiado tarde, las medidas contra Ribera que le dicte su sentido común. Dé la alarma. A juzgar por cómo ha muerto Oliver, ese hombre posee un automóvil Avise. Muévase. Está usted muy cerca del final, en mi opinión.

—No —repuso bruscamente Darwin.

—Basta de tonterías.

—No estoy cerca del final, señor. No tengo el menor indicio de que Elíseo Ribera se halle aquí, en la Guayana. Para empezar, no tengo ni una prueba directa de que Edwin Butler muriese asesinado. Lo único que sé es que no lo mataron una enfermedad tropical o un veneno conocidos, cosa que no conduce a ninguna parte.

—Olvida que a Dorothy Morao, a Abraham Hopkins y a Sigmund Oliver los ha matado un revólver, cosa que si conduce a alguna parte.

Darwin caminaba con cara sombría junto al coronel.

—Quizá conduzca a Randy Corcoran —observó.

«Quizá por eso se confió tanto Oliver», estuvo a punto de añadir. Era una explicación razonable. Si Corcoran había matado a Dorothy y al negro por vengar a Butler, y si sus pesquisas, además de hasta el hombre llamado Luna, habían conducido a Oliver hasta Randy Corcoran, ¿por qué no suponer que éste le había pegado un tiro? El presidiario, creyendo tener en el comandante de la guardia del penal un amigo, se había descuidado. No experimentó recelo, no ofreció resistencia. Sin duda e dejó conducir al matadero, a la carretera de New Salisbury, con una sonrisa en los labios...

Pero ¿había Corcoran matado a Dorothy y a Hopkins? Si los mató, ¿fue para vengar a Butler?

¿Y no habría matado a Butler él también? ¿No serían las falsas reparaciones del teléfono un ardid deliberadamente calculado para orientar las pesquisas hacia el exterior del penal? ¿Era Corcoran así de astuto?

A Darwin le sacó de sus atolondradas meditaciones la voz del coronel:

—Pues vaya a ver a Randy Corcoran —decía— y trate de

aclararlo. Haga lo que sea, mil diablos, ¡con tal que no me hable más de dimisión!

—Sí, señor —murmuró Darwin.

Subió a su despacho y dio una serie de órdenes: envió al sargento Mutu, con dos agentes, al departamento de Harry Luna; dispuso que se averiguara si el practicante tenía coche y qué coche era, e hizo investigar los últimos movimientos de Sigmund Oliver. Leyó un par de informes rutinarios y una irritante nota del médico del penal, quien seguía trabajando sin fruto en determinar la causa de la muerte del alcaide.

Luego salió y se marchó a la penitenciaría.

—No, el señor Corcoran no está —le dijo el oficial de guardia.

—¿Volverá pronto?

—No sé una palabra.

—¿Se fue hace mucho?

—Esta mañana... Sí, esta mañana, antes de mediodía.

Antes de mediodía. Oliver había muerto después de mediodía. Era asombroso cómo se las apañaba Corcoran para carecer de coartada siempre que una coartada resultaba útil.

—¿Sabe al menos dónde puedo encontrarle?

—Lo siento, tampoco Jo sé.

«Al diablo», pensó Darwin.

Conocía las señas del domicilio de Corcoran, y se las dio al conductor de su coche cuando abandonaron el penal. El comandante vivía en un *bungalow* rodeado de palmeras, entre las cuales se veía el mar. Era un lugar bonito y, además, fresco.

Tenía un criado japonés.

—No, señor, no está aquí —dijo el japonés—. Si no está en su despacho de la prisión, lamento no poder informarle.

—¿Ha venido a almorzar?

—No, señor, no ha venido.

Darwin frunció el entrecejo.

—¿Puedo telefonear?

—¡Naturalmente!

Por el aparato que había sobre una mesilla en el vestíbulo, llamó al Gobernador: Randy Corcoran no estaba con el Gobernador; llamó al Palacio de Justicia: no estaba en el Palacio de Justicia; llamó a sus dos clubs: no estaba en los clubs ni había almorzado en ellos.

—¿Se le ocurre otro sitio? —preguntó al japonés.

Al japonés no se le ocurría otro sitio.

Llevado de un vago presentimiento, Darwin consultó la guía y marcó el número de la casa que Edwin Butler, habitó en Flynn Square. La sirvienta que le contestó le dijo que Diana estaba fuera de la ciudad, en Balato, con sus padres. Corcoran no había aparecido por allí.

Obstinadamente, el capitán llamó a Balato.

—No sabe cuánto me alegra oírle —dijo la viuda de Butler, cuando la tuvo al otro extremo de la línea. Su voz revelaba una satisfacción que no parecía fingida. Cerrando los ojos, Darwin creyó verla: la mujer más bella y delicada de Georgetown—. ¿Tiene noticias, capitán?

—Ninguna que importe... por ahora.

—¿Por qué no viene a visitarme? He dejado la ciudad... no podía... Usted me comprende, ¿no es cierto? Pero Balato no está lejos. ¿Por qué no viene y hablamos?

—Iré en cuanto me sea posible, se lo prometo. Lo que ahora deseaba preguntarle es si está ahí Randy Corcoran.

—¿Corcoran? No, hace días que no sé de él.

Darwin apretó los dientes. Tampoco en Balato.

—Ya. Bueno, era sólo una idea. Si decido ir a Balato la llamaré antes, ¿conforme?

—Claro que sí, capitán.

¿Dónde estaba Corcoran?

Darwin llamó al penal con la esperanza de que hubiera regresado. No, no había regresado aún. No, ninguna noticia. ¿Pasaba algo grave?

—No lo sé —rezongó el capitán.

Colgó el teléfono violentamente y abandonó el *bungalow* sin ni siquiera una palabra de despedida para el criado japonés. Sentía una mezcla de temor y de cólera que le cegaba. No vio al criado. No hubiera visto ni a cien criados.

—Al Cuartel General —ordenó a su chofer.

Temor y cólera, ¿por qué? ¿Qué motivo había? ¿Quién le impedía a Corcoran ocupar su tiempo como le viniese en gana? ¿Qué ley vulneraba, por ejemplo, marchándose de la ciudad y pasando el día tendido bajo una palmera? ¿Qué pruebas existían de

que no lo hubiera hecho así?

Darwin se planteó lúcidamente estas cuestiones, que eran cuestiones tranquilizadoras. Pero no se tranquilizó.

En el Cuartel General le dijeron que el sargento Mutu había llamado dos veces preguntando por él y que volvería a llamar. Llamó, efectivamente, a los cinco o seis minutos.

—El departamento de Harry F. Luna está vacío, señor, por lo menos en apariencia —dijo—. Nadie contesta al timbre ni al teléfono. Me he limitado a vigilar la casa y esperar órdenes. De ese departamento no ha salido ni entrado, desde que estamos aquí, una sola persona. ¿Qué debo hacer?

Darwin tamborileó con los dedos sobre su escritorio.

—Espéreme. Me procuraré un mandamiento judicial y echaremos una ojeada al interior, mientras tanto, abre bien los ojos.

Mutu dijo que sí, que los tenía bien abiertos. No demostraba mucha confianza en sí mismo después de su tropiezo en el asunto de Dorothy Morao, pero el capitán sabía que era un hombre concienzudo e inteligente.

Llamó al juez Hillary.

—Necesito un mandamiento para allanar el domicilio de un tal Harry F. Luna, Departamentos Digger, 200 Center Street. Es urgente. Cuento con tu espíritu de colaboración.

—¿Quién morirá esta vez?

Darwin, no sin esfuerzo, se mostró invulnerable a la ironía.

—Ya veremos.

—Te lo enviaré enseguida —el juez suspiró—. Me parecerá que redacto la partida de defunción de ese pobre Luna, quienquiera que sea. No me gustó nada lo de la mulata, Darwin. Nada. Celebro tener ocasión de decírtelo.

—Y yo de oírtelo decir —replicó el capitán oscuramente.

Aguardó con impaciencia la llegada del mandamiento. No se sentía con ánimo para reflexionar. Su mente estaba en blanco. Sólo experimentaba fastidio y calor; sobre todo calor. Recordó vagamente que en Inglaterra era entonces invierno. Si dimitía y tomaba el primer barco...

«¿Por qué no viene a visitarme?»: esto le había dicho Diana Butter. Y Balato estaba mucho más cerca que Inglaterra.

¿Qué le había inducido a pensar en Balato? ¿Qué fue?

—¡Eh, capitán! —dijo alguien desde la puerta.

Era el doctor Willard, médico forense.

Darwin, sin saber por qué, se sonrojó.

—Oh, hola, Willard. ¿Algo nuevo?

—He estado examinando a ese mestizo. La bala entró y salió de su cráneo, así que no se la podrá comparar con las que mataron a la mujer y al negro, pero puedo asegurarle que el calibre es el mismo: un 32. Sépalo por si le interesa. Le enviaré el informe de La autopsia más tarde.

—Gracias.

Un 32, y probablemente un 32 silencioso. ¿Era Corcoran quien lo utilizaba? ¿Era Eliseo Ribera?

Pero ¿existía tan sólo Eliseo Ribera? ¿Estaba en la Guayana? ¿Era el hombre que se hacía llamar Harry F. Luna?

—¡Basta! —se gritó Darwin a sí mismo.

Recibió el mandamiento diez minutos después.

Abandonó el Cuartel General a toda prisa y, en Center Street, a bordo de un *jeep* arrimado a la acera, encontró a Mutu abstraído en la contemplación del incongruente edificio de departamentos.

—Sin novedad, señor —dijo el sargento—. Tengo a los muchachos dentro. Luna no ha hecho acto de presencia.

—Vamos allá.

Fueron. Uno de los agentes vigilaba abajo, en el vestíbulo. El otro, arriba, en el corredor del segundo piso, frente a la puerta 207. Antes de subir, Darwin le mostró al conserje el mandamiento judicial.

—Usted tendrá una llave duplicada.

El conserje leyó el documento con gran atención.

—Sí, señor, la tengo, y les acompañaré gustoso.

—Se quedará aquí. A ver la llave.

La llave fue entregada a regañadientes; la puerta 207, abierta sin dificultad.

Pero las dificultades empezaron luego.

—Cielos —murmuró Darwin apenas hubo traspuesto el umbral—. Cielos, no, no, ¡no!

Ante él había un pequeño recibidor y, más allá, un cuarto de estar amplio y alegre. Parecía alegre incluso con el hombre que yacía de bruces en mitad de él, sobre un enorme charco de sangre,

bajo una nube de voraces moscas.

Fue Mutu quien volvió al hombre boca arriba.

—¡Corcoran!

Desgarrando la guerrera y la camisa del caído entre sus finas, pero increíblemente vigorosas manos, el sargento puso de manifiesto la herida: pequeña, repugnante, se abría en el pecho, a la altura del corazón.

—Corcoran —repitió el capitán, avanzando paso tras paso—. No puede ser..., no puede ser... ¿Qué estaría haciendo aquí? ¿Cuándo vino?

Mutu auscultaba el cuerpo. Con cara impasible, desenfundó su niquelado revólver, le dio brillo contra una manga de su camisa y lo aproximó a la boca de Corcoran. El brillo se empañó.

—Vive.

La palabra hizo a Darwin estremecerse.

—¡Pronto, llamad al Cuartel General! Que venga el doctor Willard, ved si hay aquí *whisky*, algún licor, algo que pueda reanimarle.

El agente que estuvo de guardia en el pasillo localizó inmediatamente el mueble bar. Tendió al capitán una botella de *whisky*, mientras Mutu marcaba el número del Cuartel General en el teléfono.

Darwin, en cuclillas, sostuvo la cabeza de Corcoran e introdujo el gollete de la botella entré sus labios. Parecía imposible, salvo porque no estaba aún frío del todo, que aquel hombre viviera.

El *whisky* no obró, al parecer, ningún efecto.

El capitán miró en torno. Sus agudos ojos comenzaron a reparar en algunos detalles. Vio en el suelo, frente al bar, un revólver, y a su lado una mancha de humedad y los cristales de un vaso roto. El revólver no llevaba silenciador ni era tampoco el 38 de Randy Corcoran. Sin embargo, este 38 no estaba en su funda: estaba en medio del charco de sangre. Corcoran lo habría sacado, sin duda con intención de defenderse; pero no disparó, pues la detonación hubiera alarmado a todo el edificio, y no se había registrado alarma alguna.

¿De quién era el otro revólver?

De pronto, algo atrajo hacia el propio Corcoran la atención del capitán. Se había movido. O quizá no... Sí, se había movido, ¡y

ahora podía oírse su respiración estertorosa! ¡Abría los ojos! ¡En sus pupilas semejaba encenderse una pequeña luz!

La cara enérgica y curtida del que fuera comandante de la guardia del penal resultaba casi irreconocible, deformada por la angustia, lívida por la pérdida de sangre. Darwin se inclinó sobre ella con expectación. Estaba seguro de que los labios de Corcoran trataban de articular unas palabras.

Captó una especie de lejano susurro.

—Por favor, no entiendo —dijo—. Esfuércese, Corcoran. Animo.

Ahora sí:

—Dia... Diana... Dia... na... cuidado... soco... socorro...

Darwin sintió en su interior una opresión rara.

—¿Cómo? ¿Diana? Corcoran, ¿qué ocurre?

El susurro había cesado.

—¡Corcoran! ¿Quién le ha herido a usted? ¡Animo! ¡Repítalo! ¿Qué intenta comunicarme acerca de Diana?

La luz de las pupilas se apagaba otra vez. Darwin comprendió súbitamente cuán inútiles, y hasta cuán grotescas eran sus ansiosas preguntas.

—¡Corcoran, no puede usted morir así!

Reinaba un gran silencio. La breve ráfaga de vida llegó, pasó y se desvaneció rápidamente en el vacío infinito...

No fue necesario que acudiera el doctor Willard y emitiese su diagnóstico para que todos comprendieran que Randy Corcoran había expirado.

CAPÍTULO XI

Ella transformaba con su presencia la habitación. No era una transformación física, algo que se viera, sino una especie de cambio en la naturaleza espiritual del ambiente. Larry Koster sabía, además, que no se trataba de un hecho objetivo; sabía que la sensación la percibía él porque, en cierto modo, era únicamente dentro de él donde el fenómeno se estaba produciendo. Esto le llenaba de cólera. No juzgaba a Betty Holden mejor ni distinta de lo que era, de lo que ella misma le había dicho que era: una aventurera, una perdida, una muchacha del arroyo; pero le indignaba sucumbir como sucumbía al frágil encanto de su femineidad.

La joven permanecía inmóvil en un sillón. Koster bebía y fumaba. Los rayos del sol poniente iluminaban a través de la persiana graduable la impersonal habitación del Hotel Caribe.

—Estuve enamorada de Harry —dijo ella—. Enamorada de verdad. Hubo una época en que pensé que él lo valía todo, lo merecía todo: mi juventud, mi reputación, mi vida. No reparé en dárselo. Estoy pagando y pagaré por ello, pero creo que si mil veces volviera atrás, mil veces ocurriría lo mismo. Tenía que ser, y fue.

Koster preguntó quedamente:

—¿Cuándo fue?

—Hace dos años.

—¿Dónde?

—En Chicago.

—¿Qué edad tiene usted?

—Veintiuno. Sí, era una chiquilla, de acuerdo.

Koster contempló el fondo de su vaso.

—Lo sigue siendo. Continúe.

La joven titubeó.

—Oh, es una historia... que usted no entenderá... Nací en Nueva York, ya le dije que en la calle Ciento Tres Oeste. Mi padre estaba entonces en Sing Sing. Mi madre trabajaba en un garito propiedad de un hombre llamado Slade, que luego fue promotor de boxeo y acabó dedicado al rackets, hasta que la gente de Charlie Manso, a quien había pisado el terreno, le despachó al otro mundo. Aunque nadie lo hubiera creído al verla, mi madre era una mujer honesta, fiel a mi padre y que incluso se preocupó un poco de mi educación. Murió en 1950, cuando yo tenía quince años. Había arreglado las cosas de modo que se ocupara de mí una amiga suya, Dyna Pilsudki, que dirigía una escuela de maniqués, y Dyna cumplió su última voluntad. Lo que mi madre se había propuesto realmente era arrancarme del ambiente del rackets y el juego y el crimen, del que hasta entonces me tuvo tan apartada como le fue posible. Lo consiguió. Pasé dos años con Dyna. Al cabo de ellos terminó mi aprendizaje y obtuve un empleo en

Loomy's,

una buena casa de la Quinta Avenida. Yo estaba por aquel tiempo muy sola, pero era feliz y vivía decentemente.

»Dos años después dejé de estar sola y todo se vino abajo. Mi padre salió de Sing Sing, me buscó y me encontró. Veinte años de presidio habían hecho de él una ruina. No quiero contarle... Tuve que mantenerle, que soportar sus borracheras, sus escándalos, sus palizas. No estaba satisfecho de mí. Era un canalla. Me juzgaba lo bastante bonita para aspirar a algo, más, a algo mucho más sucio que pasar modelos en una casa de alta costura. Su sed de dinero y de alcohol era insaciable. Estuve a punto de ceder y hundirme como se había hundido él. Pero un día, después de una escena borrascosa, lo abandoné todo, renuncié a mi empleo y escapé a Chicago.

»En Chicago pasé hambre, hambre de verdad, hasta obtener un empleo de modelo en una agencia publicitaria. No era lo mismo que antes, pero era vivir. Sin embargo, mi padre me encontró pronto. Fue horrible. Se presentó de improviso... en plena calle... Estaba borracho, borracho hasta el delirio, ¡loco! Un hombre intervino y se me llevó en un taxi. No recuerdo bien. Yo..., yo sufría un atarme de histeria... El hombre era Harry Luna —la muchacha bajó los ojos e hizo una breve pausa—. Jamás había conocido a nadie como él, tan delicado, tan comprensivo, tan atento, y al mismo tiempo tan viril,

tan fuerte, tan sólido, tan por encima de las bajezas de la gente. Esto fue lo que pensé durante algún tiempo. Harry era un hombre maduro y yo una criatura. Aquel mismo día en el taxi, le expliqué lo que me pasaba, lloré en su hombro y me sentí amparada y segura como no me había sentido desde que mi madre murió. Él se comportó como un caballero. Se hizo cargo de mí y prometió resolver mis problemas. Todo..., todo ocurrió tan rápidamente... Ahora sé que no era sino un monstruo, que jugaba ignominiosamente con mi ingenuidad y mi candor. Las circunstancias me arrojaron desarmada en sus brazos, y cuando descubrí la verdad era ya demasiado tarde. Le amaba. Después le odié, le desprecié, pero, incluso odiándole, le amaba aún. No necesitó emborracharse, gritar, insultarme ni pegarme: con suavidad, sonriendo, me arrastró por el lodo. Lo acepté como una fatalidad. Era mi destino. Nunca hasta hoy he intentado rebelarme.

El rostro de Koster permanecía impasible.

—¿Qué fue de su padre? —preguntó.

—Murió poco después en una riña de borrachos. Harry pagó su entierro.

—¿De qué vivía Harry Luna?

—Tenía aparentemente un negocio, una gestoría administrativa. En realidad, el negocio servía de tapadera a sus chantajes.

Koster frunció ligeramente el entrecejo.

—Los chantajistas no matan.

La muchacha se estremeció.

—¿Qué quiere decir?

—Usted ha aludido antes a la posibilidad de condenarle a muerte. Sabe de sobra lo que quiero decir.

Hubo un largo silencio. De pronto, Betty declaró:

—Harry ya no es un chantajista.

—¿Qué es, entonces? ¿Un asesino?

—Es un demente. Puede que lo haya sido siempre: un loco satánico. Pero algo que ocurrió hace unos meses desató la crisis... Está perdido —la voz de la muchacha se veló—, definitivamente perdido...

—No entiendo —dijo Koster.

Betty vacilaba.

—Es difícil de entender, ya lo sé. Harry no me ha hablado nunca

de su pasado, y menos aún de sus actividades presentes, de lo que hace o no hace, de lo que piensa, de lo que le preocupa. Yo he vivido a su lado como podría haber vivido una perra. Sin embargo, no soy una perra. Veo, oigo y siento. Un día empecé a darme cuenta de que a Harry algo le trastornaba. Me abandonó súbitamente. Cuando regresó, parecía como si hubiera enfermado... Por entonces, en Chicago, las cosas iban mal. Yo había notado ya que él tenía miedo. Dos veces vino a casa la policía, y una le llevaron al Departamento, supongo que para interrogarle sobre algún asunto. No me sorprendió, pues, que de la noche a la mañana liquidara sus negocios y me anunciara que nos marchábamos...

Larry Koster levantó una mano.

—Un momento. ¿Cuándo empezaron esos trastornos? ¿Por qué época la abandonó?

—En octubre. A primeros de octubre.

El rostro de Koster permaneció todavía impasible como una máscara. No obstante, Cyril Blaustein, el espía asesinado en Nueva York, ¡había muerto precisamente el once de octubre!

—¿Estuvo Luna muchos días ausente?

—Cuatro.

—¿Fue a Nueva York?

—Nunca he sabido adónde fue.

—Bueno, siga con su historia. Luna le anunció que se marchaban.

—Sí, eso ocurrió a fines de octubre. Fue una cosa precipitada, alocada, incomprensible, pero no me sorprendió. Harry no dijo adonde íbamos. Primero me llevó a San Luis, luego a Miami, luego a La Habana, luego a Kingston, en Jamaica. Allí estuvimos diez días. De Kingston vinimos a Georgetown, hace dos meses. Harry se puso enseguida a trabajar en el hospital. Me quedé atónita al enterarme de que era practicante, un buen practicante. ¡Ignoro tanto acerca de él!

—¿Cómo vinieron desde Kingston?

—En avión.

—Pero ¿de una manera clandestina o disimulada?

—No.

Randy Corcoran había insistido mucho en que Edwin Butler, y probablemente él también, se hallaban al acecho de la llegada de

Eliseo Ribera. Si Harry F Luna era Ribera, ¿cómo no se habían aquellos enterado de su presencia en Georgetown?

Algo fallaba. Algo no era como debía ser.

—Luna se llama en realidad Eliseo Ribera, ¿no es cierto?

Betty miró fijamente a Koster.

—Antes, cuando usted lo ha pronunciado, he oído ese nombre por primera vez. Estoy segura de que Harry se llama Luna verdaderamente. Casi segura, por lo menos. He visto sus documentos personales y los papeles con que puso en regla su pasaporte. No creo que hubiera trampa. En el pasaporte, por descontado, no la había.

—Eso no puede ser.

¿De veras que no podía ser? ¿Por qué no? ¿Qué seguridad tenía de que Randy Corcoran hubiese contado la verdad?

Entonces, ¿quién era Harry F. Luna?

—Le digo lo que sé y lo que pienso —declaró la muchacha.

—Sin embargo, Luna no vino a Georgetown para enterrarse como practicante en el Hospital Colonial. Es imposible.

Betty miró al suelo.

—No, no vino a eso. Vino... a matar...

—Siga.

—¡Oh, ha sido una pesadilla, una especie de alucinación! Le digo que está loco. Algún tiempo después de haber llegado aquí descubrí que me engañaba..., que me traicionaba con otra mujer... No era la primera, pero entonces tuve la completa seguridad, y otras veces no. Esta ciudad es pequeña y no hay más que un puñado de personas blancas. La mujer ni siquiera era blanca. Pude localizarla con facilidad. Les vi juntos. Era una mulata, y usted la ha mencionado antes: se llamaba Dorothy Morao. Le dije a Harry lo que había descubierto. Me sentía asqueada, humillada de que pudiera abandonarme por una mujer de color, gorda, vulgar, zafia... Harry se burló de mí. Negó que hubiera nada entre ellos. No mentía, porque no me lo hubiese ocultado; porque es lo bastante cínico para haberse deleitado arrojándome la insultante verdad en plena cara. Dijo exactamente que «esa perra era un peón en su partida de ajedrez». Le repito sus propias palabras. No hubo más. No pude sacarle más. Luego... he sabido que ha matado a la mulata.

—¿Por qué él?

—Escuché una emisión de radio en que se daban los detalles del crimen. A la mulata la mataron con un revólver 32 silencioso. Éste es el revólver de Harry.

Koster estaba desconcertado.

—¿Y el negro? ¿Y Abraham Hopkins?

Betty movió la cabeza afirmativamente.

—Yo no sabía que Abraham estaba aquí, no lo supe hasta que murió. Pero si nos demorarnos diez días en Kingston, en Jamaica, fue por él. Harry y el negro se vieron muchas veces. Preparaban aparentemente un negocio juntos.

—¿Y aquí no?

—Nunca me enteré de que se pusieran en contacto. No digo que no. Pero es que aquí Harry me tenía recluida, me ha obligado a permanecer en aquel maldito departamento como una prisionera, como una esclava, día tras día y noche tras noche. No ha recibido ninguna visita. No sé lo que hace, a quién ve, adónde va. Me he escapado, claro que me he escapado cuando me ha sido posible, o cuando ya no podía resistir, pero esto no es suficiente.

—A Hopkins le macaron también con un 32 silencioso.

—Sí, lo sé.

—¿Cuál era el negocio que preparaban?

—Lo ignoro.

—¿Qué relación hubo entre Luna y Edwin Butler?

—Ninguna, que yo sepa.

—Pero ¿no fue Butler el motivo de su venida a Georgetown?

—Ignoro cuál fue concretamente el motivo.



—¿Oyó usted mencionar a un tal Cyril Blaustein?

—Nunca.

—¿De dónde es Luna? ¿Dónde nació?

—Es tejano, descendiente de mejicanos. Nació en El Paso y creo que vivió en Texas mucho tiempo.

Koster calló. Contemplaba pensativo el fondo de su vaso. Se encontraba en la situación del que reúne los fragmentos de un plato roto y, al pretender reconstruir éste, no obtiene un plato, sino una taza. Todo cuanto Betty Holden le había contado se ajustaba perfectamente a la teoría de que Eliseo Ribera acudió a Georgetown para matar a Butler, salvo que Harry F. Luna no podía ser Eliseo Ribera.

No podía serlo, primero, porque Butler hubiera descubierto su presencia allí; segundo, porque sus papeles a nombre de Luna estaban, según Betty, en regla.

El norteamericano se puso bruscamente en pie.

—Tengo que salir —anunció—. No se mueva de esta habitación, no abra la puerta, no conteste a nadie sin asegurarse de que soy yo. De todos modos, no tardaré en regresar en su busca. Debo hacer algo urgente para aclarar este lío.

—¿Puedo saber qué?

—Telegrafiar a los Estados Unidos y averiguar quién era, cómo era, qué era, qué hacía y dónde estaba Harry Luna quince años atrás.

Koster se dirigió a la puerta.

—Larry —dijo la joven.

—¿Qué?

Ella se levantó del sillón y se le aproximó unos pasos.

—Larry, quiero darle las gracias... por haberme escuchado sin echarme en cara lo que soy; sin ni siquiera haberlo pensado: una se da instintivamente cuenta de estas cosas...

—Usted ha dicho que no entendería su historia —replicó él—. ¿Por quién me toma? ¿Por el Príncipe Azul?

Betty sonrió.

—Sí.

—No sea idiota. Yo también nací en la calle Ciento Tres Oeste. He jugado a pelota, cuando chico, en la trasera del garito de Slade, y varios de mis compañeros de juego están hoy o han estado en Sing Sing. Mi padre era agente de policía, de la plantilla del barrio. Murió en una agarrada con los gorilas de Charlie Marino.

—Koster abrió la puerta. —Ya ve si conozco el género. Mi primera novia se parecía a usted, y ahora es la amante de Tony Dundee, un delator.

Salió.

De la calle Ciento Tres Oeste al Hotel Caribe, de Nueva York a Georgetown, había un mundo de distancia. Quizá por ello le parecía todo tan confuso.

«No debieron haberle enviado a la Guayana, pensó. No era al hombre apropiado».

CAPÍTULO XII

Darwin dijo:

—No fue culpa tuya, Mutu. Fue mía. Corcoran llegó al departamento y recibió la herida antes de que vosotros comenzaraís la vigilancia. Yo, soy yo quien debió haberos enviado allí mucho antes.

El sargento ponía cara triste.

—La suerte se ensaña con nosotros, señor.

«No es la suerte», pensó el capitán. «Somos nosotros mismos. Soy yo. Nunca debí venir a la Guayana. No soy el hombre apropiado para esto».

Y enseguida añadió: «Un tipo como Larry Koster sí es apropiado... ¿Dónde estará?».

—Mutu.

—Diga, señor.

—Ocúpate de todos los trámites. Iré a mi despacho dentro de media hora. Difunde la orden general de arresto contra Luna. No puede escapar, no puede, ¡es imposible! ¡Dentro de media hora quiero noticias!

Mutu respondió sin convicción:

—No escapará.

Pero, respecto a las noticias, no dijo nada.

En su coche, Darwin se dirigió a la Biblioteca Imperial. A aquella hora se hallaba ya cerrada al público, pero todavía encontró en su despacho a quien buscaba: Ada Tyrrell, encargada de la sección de hemeroteca. Aunque tenía el aspecto hombruno y poco ameno de una antigua sufragista, Ada era, a los cuarenta y cinco años, una mujer amable.

—Cómo no, capitán —dijo, cuando éste le hubo solicitado lo que

deseaba—. Venga por aquí y verá la colección completa.

La colección completa era la del New York Herald.

Darwin no necesitaba más que un número: el mismo que encontró en el despacho de Butler con una página arrancada. Llevaba anotada la fecha correspondiente.

Pronto lo tuvo ante sí.

—¿Hubo ese día buenas noticias? —preguntó Ada, sonriendo.

Las hubo y no las hubo. La página que faltaba del ejemplar del despacho del alcaide contenía la información del asesinato de Cyril Blaustein, cometido la víspera. Darwin leyó aquella página de principio a fin. Se sintió defraudado. Había esperado algo sensacional y sólo encontraba la confirmación de lo que ya sabía por Larry Koster, o sea que existía entre Blaustein y Butler una relación.

—Gracias, Ada. Lamento haberla molestado.

Molestar a la bibliotecaria y molestar a sí mismo, total, ¿para qué?

Darwin regresó a su despacho de muy mal humor. Allí encontró más noticias aún, que no eran las del Herald, pero tampoco las que le había pedido a Mutu.

—No puede imaginarse quién le espera, señor —le dijo el ordenanza—. Alves Perdigao en persona.

El capitán se quedó parado. Conocía de sobra a Perdigao, cacique de los sindicatos portuarios, importante figura del hampa, dueño de los más insospechados y clandestinos negocios.

—No tengo tiempo que perder con él. ¿Qué quiere?

—Hablarle de Sigmund Oliver.

¡De Sigmund Oliver! Repentinamente, sin más. Darwin vislumbró la explicación de algunas cosas. Una de ellas era la facilidad, la rapidez con que Oliver había localizado a Harry Luna. Perdigao debió de andar de por medio en el asunto.

Una almibarada sonrisa distendía los gruesos labios del mestizo cuando entró en el despacho. Sudaba un poco. Llevaba un traje negro, una cambia listada y un vistoso corbatín.

—No ponga usted esa cara, capitán —dijo—. Comprendo que es raro ver a un hombre como yo dirigirse voluntariamente a la policía, pero confío en que el paso que doy le convencerá para siempre de que tiene en mí un fiel servidor de la justicia y un

auténtico ciudadano.

—Algo espera obtener, puesto que viene.

—Absolutamente nada —declaró Perdigao, llevándose al corazón la mano cargada de anillos—, y deseo no tener que arrepentirme de este arranque sentimental. Vengo porque alguien ha matado a Sigmund Oliver. Lo crea usted o no, yo apreciaba a ese muchacho. Conste que no era de los nuestros. Quiero decir...

—Quiere decir que era honrado.

—Supongamos que fuera eso. Oliver, unos años atrás, en Trinidad, donde yo me encontré en un apuro, me hizo un favor. Jamás supuse que, con el tiempo, iba a verle en presidio. No era esa clase de persona. Pero todo es posible allí donde los jueces escarnecen la justicia, y un día Oliver fue al penal...

—Conozco la historia —le interrumpió Darwin secamente.

El mestizo se encogió de hombros.

—Esto me dio ocasión de corresponder al favor que me había hecho, y traje a Georgetown a su esposa, y la instalé aquí. Ella quería esperarle y estar cerca de él. Yo soy cristiano, capitán, un cristiano de corazón sensible. Me conmueve el amor de los jóvenes.

—Sé lo que es usted. ¿Puedo rogarle que vaya al grano?

—Todo es grano. El pobre Oliver tuvo la desdicha de asistir a la muerte de su esposa y, como por sarcasmo, casi simultáneamente fue puesto en libertad. Vino a mi encuentro. Estaba deshecho, con el corazón destrozado, perdido. La libertad no le servía para nada. Sólo anhelaba alejarse de aquí y reconstruir su vida. Me dijo que quería marcharse al Brasil. Le contesté que era imposible, según la ley, pues estaba en libertad provisional y, por tanto, obligado a no moverse de Georgetown. Le negué mi ayuda para no hacerme cómplice de lo que ustedes hubieran calificado como un delito y yo como una obra de caridad. Oliver, entonces, me explicó una cosa muy notable: andaba en busca de un nombre que le llevaría al Brasil, porque, dijo, estaba obligado a llevarle. Evitó darme explicaciones. Esto me sorprendió. Oliver nunca hizo nada sucio, y lo más limpio que hizo en su vida fue precisamente lo que le condujo al penal...

—Sus opiniones sobre la moral no me interesan, Perdigao.

—Lo supongo —sonrió el mestizo—. Bien, el hombre en cuestión era amigo o socio de ese negro asesinado en el Palacio de Justicia,

Abraham Hopkins, el que vivía en el Hotel Porto. Oliver no me dijo nada más. Reconozco que en aquel momento fui débil con él, fui ingenuo, fui idiota. Me aseguró que el asesinato de Hopkins nada tenía que ver con su asunto, y le creí. Le ayudé a buscar al hombre. Pero, como estaba alarmado y no quería correr riesgos inútiles, ni que Oliver los corriera, envié a éste a vivir a casa de Mariana Laffite. ¿Usted conoce a Mariana?

—La pregunta me ofende —dijo el capitán. Mariana Laffite regentaba una casa de huéspedes de pésima reputación, que era uno de los no declarados negocios del propio Perdigao—. La conozco demasiado. Siga.

—Bueno, pues encargué a Mariana que diera alojamiento a Oliver y le vigilara estrechamente. Ella encomendó el trabajo a un muchacho llamado Ghama, excelente chico, listo y trabajador.

—Sé quién es —asintió Darwin—. Ha estado condenado por hurto.

—¡Hum! —murmuró el gordo—. Mientras tanto, yo le ordené a Kemmerich, ya sabe, mi socio y buen amigo Kemmerich, que averiguase cuanto le fuera posible acerca de Abraham Hopkins y sus amistades. Teddy Johns, uno de los empleados de Kemmerich, encontró al poco tiempo a un hombre llamado Ballinger, exvecino de Hopkins en el Hotel Porto, quien dijo que había visto al negro un par de veces acompañado de un sujeto al cual conocía superficialmente. Era una referencia muy vaga, pero no pudimos dar con otra, y yo se lo comuniqué a Oliver y éste fue a hablar con Ballinger el jueves a mediodía.

«De modo que fue así como ocurrió», pensó Darwin. Estaba maravillado de la astucia desplegada por el expresidiario. Había recurrido a Perdigao, la persona que en Georgetown mejor podía ayudarle, y le contó una historia, la de su propósito de huir al Brasil, no sólo completamente verosímil, sino además la clase de historia que incitaría al obeso mestizo, tan aficionado a pescar en río revuelto, a actuar con prontitud. Era una verdadera lástima que Sigmund Oliver hubiera muerto.

Perdigao prosiguió:

—El sujeto al cual Ballinger se refería era uno que almorzaba cada día en el mismo restaurante que él, un practicante del Hospital Colonial llamado Harry Luna. Ballinger dice que le vio dos veces

con el negro, nada más, pero el caso es que, excepto con ese Luna, al negro de se le vio nunca con nadie. En cuanto oyó esto y hubo examinado a Luna, Oliver se puso muy contento. Hizo dos llamadas telefónicas y salió detrás de Luna del restaurante. Ya no se supo de él, después, sino que había muerto asesinado. Si le incomoda a usted con mis explicaciones —el tono de Perdigao adquirió cierta tensión— es porque apreciaba a Oliver y no consentiré que su asesinato quede impune.

Darwin le escuchaba atentamente. Algo que acababa de oír le preocupaba. Preguntó:

—¿Cómo sabe que las llamadas telefónicas de Oliver fueron dos?

—Porque ese chico, Ghama, estaba vigilándole y pudo verlo. Desgraciadamente, en el restaurante había una cabina telefónica. Ghama vio hablar a Oliver, pero no le oyó.

¡Dos llamadas! Una estaba destinada a él, al propio Darwin; pero ¿y la otra? ¿A quién más comunicó Oliver su descubrimiento?

—¿Oliver no le llamó a usted, o a Marrana Laffite, o a Kemmerich?

—No.

«¡A Randy Corcoran!», se dijo de repente el capitán. ¡Naturalmente que fue a Randy Corcoran! ¡Oliver le había jurado a Corcoran agradecimiento y fidelidad porque le llevó junto a su esposa, y quiso corresponder a aquel favor anunciándole que había encontrado al probable asesino de Butler! ¡Quién sabe si Corcoran no le convenció previamente, cuando salió del penal a cumplir su misión, de que lo hiciera así! ¡Esto lo explicaría todo!

Oliver avisaba a la policía y a Corcoran. Éste averiguaba las señas de Harry Luna aproximadamente del mismo modo que él, Darwin, las había averiguado, pero se anticipaba a visitar su departamento. Llevaba su 38 y le consumía la fiebre de venganza. Encontraba a Luna. Pero Luna, más rápido y más audaz, disparaba su 32 silencioso y huía dejando a Corcoran agonizante...

¡Tuvo que ocurrir de esta manera! Quedaban sin explicación el otro revólver y el vaso de *whisky* roto encontrados en el departamento, pero eran detalles secundarios. Una pena. Por su exceso de celo, Oliver había causado su propia muerte y la de Corcoran. Dos asesinatos más, que subrayaban decididamente la culpabilidad del misterioso Luna sin aportar, en cambio, la menor

solución al gran problema.

—Ghama hubiera debido extremar, a partir de aquel momento, la vigilancia del pobre Oliver —agregó Perdigao—, pero se le ocurrió entretenerse informando por teléfono a Mariana, y cuando salió a la calle ya no le vio por parte alguna. Fue un desastre.

Darwin le contempló con curiosidad. Era sincero.

—Agradezco su buena voluntad —dijo—, pero eso que me cuenta me ayudará poco. Tenía ya referencias acerca de Luna. He visitado su departamento de Center Street. Ha escapado.

—Aguarde, no he terminado aún. Al saber que habían matado a Oliver, he movilizado todos mis recursos para aclarar lo sucedido. He investigado acerca de Luna y de Hopkins. No he podido descubrir qué demonio de relación los unía a Oliver, pero sí que se relacionaban entre ellos. Solían verse en casa de una mujer llamada Morao, una desgraciada, una palomita tonta. Ese Hopkins acudía allí de vez en cuando.

—¿Hopkins?

—Sí, el negro. Pero acudía probablemente para charlar con Luna. La Morao se había chiflado por Luna, parece ser. Opina Kemmerich que Luna mató a Hopkins y se valió de la mujer para evitar sospechas. Ella se dejó detener adrede, con un revólver en el bolso, sabiendo perfectamente que ustedes no llegarían a acusarla en firme. Luna lo había dispuesto de este modo con objeto de que a él nadie le estorbara al abandonar el Palacio de Justicia con la verdadera arma del crimen en el bolsillo.

Darwin asintió.

—¿Usted sabe si las reuniones de esos tres tenían algo que ver con Edwin Butler y Randy Corcoran?

—No lo sé con certeza. Sin embargo, creo poder asegurarle que Hopkins estaba siguiendo a Corcoran cuando murió. En mi opinión, esperaba una ocasión propicia para abordarle en privado, quizá con intención de traicionar a Luna, o de hacerle un chantaje a uno de los dos, cualquier cosa así. Pero Luna le resultó demasiado listo y cortó sus alas antes de que echara a volar. Un golpe bien dado; de los que duelen, eso por supuesto.

El capitán enarcó sus cejas.

—Perdigao, le felicito por su ingenio. Es una explicación lógica, casi la única posible... Está usted muy al tanto de este asunto, ¿no?

Perdigao sonrió con modestia.

—He meditado.

—¿Algo más?

—No. El único indicio de lo que pudo pasarle a Oliver es que fue visto en un coche... un «Ford» azul... Tengo aquí la nota —los dedos cargados de anillos extrajeron una cartera, y de ésta una cuartilla doblada—. Un «Ford» azul y blanco, sedán, modelo 1954, con ruedas blancas. Es el coche de Harry Luna. A usted no le será difícil averiguar el número de matrícula y echarle mano.

—¿Está seguro de que es el coche de Luna?

—Sí.

—Gracias. —Darwin movió rápidamente la palanca del teléfono interior—. Gracias, Perdigao. No olvidaré su actitud de hoy.

Perdigao se dispuso a marcharse.

—Con tal que no la olvide cuando tenga al asesino de Oliver en su poder, me conformo. No me hago ilusiones acerca de la justicia de este país, capitán. Por eso quiero advertirle que, detrás de la justicia, estaré yo. Si quiero, puedo alargar mucho el brazo —el mestizo había perdido bruscamente toda su amabilidad—; mucho mucho, ¿entiende?

Darwin tapó el aparato que había conectado. Sonreía fríamente.

—Prefiero no entenderlo. No admito coacciones, Perdigao. ¡Lárguese!

Perdigao se largó.

Una voz preguntó por el teléfono:

—¿Quería usted algo, señor?

—Sí. Orden general: busquen un «Ford» azul y blanco, sedán 1954, con ruedas blancas. Pertenece a Harry F. Luna, residente en los Departamentos Digger, 200 Center Street. Averigüen el número de matrícula inmediatamente. Difúndalo al momento.

—Muy bien, señor. ¡Oh, un instante! El señor Koster desea verle.

—Que pase.

Koster pasó. Su cara inexpresiva semejaba tallada en piedra.

CAPÍTULO XIII

El cerco estaba cerrándose. En una ciudad pequeña como Georgetown, vigiladas todas las salidas, prevenidos todos los hoteles, Harry F. Luna no podía escapar. Darwin, pues, recibió al norteamericano con buena cara.

—Acabo de saber la última noticia —dijo Koster—: Randy Corcoran asesinado. Esto no puede seguir así.

—No seguirá.

El capitán se daba ahora cuenta de que desde el principio había, presentido que Corcoran terminaría por morir. Era ya tan monstruosamente larga la lista.

—Butler, Hopkins, Dorothy Morao, Oliver y el propio Corcoran —que podía considerar su muerte como un hecho impersonal, abstracto; en realidad, como un contratiempo que le privaba, no de un hombre, sino de la principal fuente de informaciones acerca de Eliseo Ribera y Edwin Butler. El gran misterio, el nudo del problema, continuaba centrado en el asesinato del alcaide, víctima de algo «que no era un veneno o una enfermedad tropical conocidos».

Hasta poco antes, Darwin se había maravillado de la diferencia existente entre la sutil y enigmática muerte de Butler y la brutal simplicidad de las que la siguieron; hasta poco antes se mostró dispuesto a admitir que Eliseo Ribera mató al alcaide, en tanto que Randy Corcoran, a título de salvaje venganza, mataba a los demás, o sea a los cómplices de Ribera, y hasta a Oliver. Pero, después del fin de Corcoran, después de haber caído este bajo las balas del 32 silencioso, ¿qué quedaba de esta explicación?

Era preciso buscar otra, y el capitán creía tenerla. Ribera había matado a Butler conforme a un plan elaborado y cuidado

previamente. De haberle salido las cosas bien, hubiera, cometido un crimen casi perfecto y desaparecido después sin dejar rastro. Pero las cosas no le salieron bien. Abraham Hopkins, su cómplice, pretendió traicionarle, y esto le obligó a obrar precipitadamente, sin cuidados ni elaboraciones. El negro siguió a Corcoran en cuanto éste salió del penal, buscando una ocasión de abordarle. Le siguió hasta el Palacio de Justicia. Y Ribera, que le vigilaba atentamente con Dorothy Morao, aprovechó la primera ocasión, la ocasión de un pasillo solitario, para pegarle un tiro. Fue el primer tiro. Ribera comprendió que había cometido un error confiando en personas ajenas, y en particular que Dorothy Morao sabía demasiado. Si un día llegaba ella a ablandarse, estaba listo. En consecuencia, sin titubear, le cerró la boca para siempre...

Larry Koster dijo:

—¿Qué le pasa?

El capitán se estremeció y salió de su ensimismamiento.

—Nada. Pensaba en Eliseo Ribera y el móvil de sus crímenes.

—¿Cuándo ha muerto Corcoran?

—Hacia las seis, aunque fue herido mucho antes.

—¿Tan tarde? ¿Cómo no ha ido usted basta las seis al departamento de Harry Luna?

—¿A qué había de ir? —replicó Darwin, con cierta aspereza—. Tenía cosas más urgentes que hacer. En el departamento no había nadie y estaba convenientemente vigilado.

—Cuando yo lo visité no estaba vigilado.

—¿Usted?

Koster asintió:

—Atienda.

Hizo un relato de su encuentro con Betty Holden, de la oferta de ella de contar cuanto sabía de Luna a cambio de protección, de su traslado al hotel.

—Corcoran murió entre el momento de nuestra marcha y el comienzo de la vigilancia por los agentes de usted —concluyó—. Si Harry Luna hubiera llegado antes, me hubiera encontrado a mí en lugar de a Corcoran; si hubieran llegado antes sus agentes, hubiesen encontrado a Luna, y Corcoran seguiría vivo.

Darwin masculló una maldición.

—Si Ribera...

—No mencione más a Ribera.

—¿Por qué no?

—Porque hay Innumerables posibilidades de que Luna no sea Ribera y de que éste ni remotamente se haya aproximado a la Guayana. Si no me equivoco, la historia que de Ribera le contó Corcoran era tan falsa como la que le contó de Tatum.

—¿Qué dice?

El norteamericano resumió su conversación con la muchacha sobre el particular.

—Nuestra única esperanza de salir de este lío —añadió— es, o bien tener a Harry Luna y arrancarle la verdad, o bien recibir de los Estados Unidos un informe que lo aclare todo. Luna era conocido de la policía de Chicago, y Ribera debe de tener antecedentes. He teleografiado al

F. B. I.

Espero la respuesta esta noche.

Darwin sacó su boquilla y la examinó como si no la hubiera visto nunca. Estaba perplejo.

—Eso es fantástico, Koster. No entiendo una palabra.

—¿Se le ocurre al menos alguna idea?

—No, idea no. Pero hay algo que me preocupa.

—¿Y bien?

El capitán titubeó.

—Cuando un hombre va a morir sin conocimiento y recobra la lucidez eh el momento de la agonía porque le han dado a beber un trago de *whisky*, ¿usted cree que se encuentra muy en sus cabales?

Koster le dirigió una recelosa mirada.

—Dicen que sí. Dicen que en ese momento se ven las cosas muy claras.

—No lo sé.

—¿A qué viene eso ahora, Darwin?

Hubo un silencio.

—Viene a cuento por algo... que he procurado no recordar. — Darwin se obstinaba en el examen de su boquilla—. Es absurdo, inverosímil, increíble. Yo me pregunto si deliraba, si al borde de la tumba pretendía aún engañarme, o qué.

—¿Quién?

—Randy Corcoran. En el momento de expirar se esforzaba por

decirme una cosa, río podía ser una banalidad. Sin embargo... capté solamente tres palabras, y no tenían sentido. Las palabras eran: «Diana», «cuidado» y «socorro». Diana debe de ser la viuda de Butler. Un hombre de las circunstancias de Corcoran —la voz del capitán se obscureció— se preocupa exclusivamente de acusar a su asesino, ¡pero Diana Butler no pudo ser su asesino!

—¿Por qué no? Preguntó Koster suavemente.

—¿Cómo iba a matarle allí, en casa de Harry Luna? ¿Cómo iba a hacerlo si estaba en su finca de Bar —lato, a muchos kilómetros de la ciudad, desde donde habló por teléfono conmigo poco tiempo antes?

—¿Se llevaba bien el matrimonio Butler?

Darwin se mordió los labios.

—Muy mal. Nada de riñas, de escenas, de disputas, pero muy mal. Existía entre ellos un divorcio espiritual absoluto.

—¿Y si fuera esa mujer la causante de todo? ¿Y si Harry Luna le hubiera servido solamente de instrumento?

—¡Usted está loco!

—Entonces, ¿qué fue lo que Corcoran quiso decir?

—¡No lo sé!

Koster miraba al capitán fijamente.

—Darwin, ¿hay algo entre usted y Diana Butler?

—He hablado con ella personalmente una sola vez. El lunes.

—Eso no contesta a mi pregunta.

Se oyó un seco clac, y Darwin puso cara de estupor: ¡la boquilla se había quebrado entre sus dedos!

—Hay simpatía —replicó abruptamente—. No, Koster, ¡no! ¡Randy Corcoran deliraba!

El norteamericano sonreía de un modo raro.

—Me gustaría hablar con esa señora. ¿Por qué no me hace el favor de llamarla a ese lugar donde está y concertamos con ella una entrevista?

Darwin no se movió. Luego, bruscamente, tomó el teléfono y pidió la comunicación con Balato. Rehuía la mirada de Koster. Los dos trozos de la boquilla habían quedado sobre su mesa.

—Con la señora Butler —dijo, cuando tuvo Balato al habla—. Soy el capitán Darwin, de la Policía Colonial.

—Diana partió hace ya rato, capitán le respondió una grave voz

de hombre. —Yo soy su padre. Se puso en camino apenas recibió su aviso.

—¿Qué aviso?

—El suyo. Se sorprendió de que usted no la hubiera advertido cuando la llamó momentos antes, pero partió enseguida. Estará al llegar. No se impaciente.

Darwin te había quedado lívido. No supo qué decir. Al cabo de un instante oyó preguntar a su interlocutor:

—Capitán, ¿ocurre algo?

—Espero que no.

Colgó y se volvió a Koster.

—No está en Balato —aventuró éste.

—No... no comprendo... Efectivamente, no está allí. Dice su padre que recibió un aviso mío y que viene a Georgetown. El aviso es falso.

El teléfono interior emitió un zumbido.

—Eso no me gusta —declaró el norteamericano—. Si supiera...

Calló. Darwin había abierto la comunicación, y una voz anunciaba a través del aparato:

—Informa la primera patrulla volante que el coche de Luna ha sido localizado. Se ha comprobado la matrícula. Es un «Ford» azul y blanco, ruedas blancas, sedán 1954. Está parado en Flynn Square.

—¿Dónde? —articuló el capitán.

—En Flynn Square. Vacío. La primera patrulla desea saber si tiene usted instrucciones especiales que darle.

—¡Que vigilen el coche sin dejarse ver! ¡Voy para allá!

Darwin se puso violentamente en pie.

—Ese Jugar —dijo Koster—. Flynn Square, ¿significa algo?

—Allí está la casa de Butler.

El norteamericano se palpó instintivamente el sobaco izquierdo, revelando el bulto de su pistola.

—Entiendo. Dese prisa si quiere evitar un nuevo asesinato, ¡el último de la serie!

—Quiere decir... que Diana eliminará...

—¡Idiota! —Koster empujó al capitán hacia la puerta—. ¡Quiero decir que Diana está a punto de recibir una bala calibre 32!

Darwin se precipitó al pasillo, luego escaleras abajo, luego salió corriendo al zaguán, siempre con el agente del F. B. I, pegado a sus

talones. Pidió su coche a gritos. Pronunció a media voz terribles juramentos mientras lo esperaba.

—¡A Flynn Square! —le ordenó al conductor—. ¡Corre como no has corrido nunca!

La noche había descendido sobre la ciudad y las farolas públicas ardían entre el arbolado. Era, pensó Koster, un espectáculo agradable, que pocas veces más presenciaria. Su misión en Georgetown tocaba a su fin. Bien o mal, esto no podía saberse; pero de que estaba terminando no había duda.

El trayecto fue rápido y breve.

En Flynn Square, una plaza tranquila, elegante, silenciosa, llena de encanto tropical, había parados solamente dos coches. Uno era un sedán «Ford», azul y blanco; otro, un «Chevrolet» de carrocería rural, completamente cubierto de barro seco.

—Dos hombres brotaron sigilosamente de la obscuridad.

—Buenas noches, señor —dijo uno.

Eran los agentes de la patrulla volante.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna. El coche parece abandonado. Nadie se ha acercado a él.

—¿Y el otro?

—¡Oh, el otro acaba de llegar! Lo conducía una mujer. Ha entrado en esa casa, si no me equivoco.

Darwin respiró ruidosamente. Era la casa de los Butler. En aquel coche, sucio del barro de los caminos, había hecho Diana, el viaje desde Balato.

—¿Ha entrado en la casa alguien más?

—Señor, nosotros vigilábamos el coche, no la casa. Ésa es la orden.

—La orden de un inepto, de un idiota, de un maldito incapaz —dijo el capitán, sordamente—. La orden que yo mismo he dado, ¡Dios se apiade de mí! ¡Vamos allá, Koster, porque llegamos tarde!

Echó a correr, y el norteamericano le siguió. Entraron en el parque. Avanzaron hacia el bello edificio cuyas luces brillaban al fondo. Alcanzaron la veranda.

Remaba un silencio absoluto.

—¡Señora Butler! —llamó el capitán.

Entonces empezaron a ocurrir cosas.

Algo hizo «zzzupp» y se zambulló entre las hojas de un magnolio. Larry Koster saltó sobre Darwin y le derribó de un empujón. Al mismo tiempo sacó su pistola de la funda axilar.

Darwin gruñó:

—¿Qué demonio...?

El norteamericano le aplastó brutalmente contra el suelo.

—¡Cállese y no se mueva! ¿No ha visto que alguien disparaba desde el interior de la casa?

—¿Disparaba?

—¡Un revólver con silenciador!

Darwin se arrastró hasta el borde de la veranda y sacó su propia arma de la funda. La luz de la casa bañó por un momento su rostro. Una mueca de desesperación lo contraía.

—La ha matado —articuló—. Oh, Koster. ¡La ha matado! ¡Todo es inútil!

Koster agazapado junto a un árbol, examinaba la veranda y las puertas que desde esta conducían al interior del edificio. Nada anormal se advertía allí. No parecía haber nadie.

—Darwin —susurró.

—¿Qué?

—Yo estoy más acostumbrado que usted a estas cosas y he recibido entrenamiento especial. Voy a entrar en la casa ahora mismo, o de lo contrario corremos el riesgo de que ese hombre escape y no volvamos a verle nunca. Serénese. Cúbrame mientras avanzo. Si es necesario, tire sin titubear. Pero serénese, diantre, ¡no hay tiempo que perder! ¡Abra bien los ojos!

—Sí —dijo el capitán, entre dientes.

En el mismo instante, Koster, agachado, emprendió una rapidísima carrera en zigzag. Saltó a la veranda. La atravesó.

Se encontró en un grande y lujoso comedor, brillantemente iluminado. Sentía flotar en torno a él una amenaza próxima, casi palpable, que ponía los pelos de punta, pero era aún una amenaza invisible.

Siguió alanzando con todos los sentidos alerta. Tenía, abiertas las dos, una puerta a la izquierda y otra delante.

Por la segunda de ambas llegó al vestíbulo.

Nada.

De pronto, sí.

Koster permaneció durante una fracción de segundo paralizado de asombro. A través del vestíbulo, con los brazos abiertos, una mujer corría hacia él.

¡Era Betty Holden!

La oyó gritar:

—¡Larry!!... ¡Cuidado, Larry! ¡Cui...!

El grito se truncó cuando ella le daba alcance. Se truncó de una manera siniestra, rara. Koster vio que la muchacha iba a caer, y la enlazó con un brazo y la estrechó contra su pecho.

Entonces vislumbró una sombra que se movía en lo alto de la escalera. Disparó automáticamente, por pura reacción refleja. Un tiro, otro, ¡otro!

El revólver de Darwin ladró también, ruidosamente, a su espalda.

—¡Allí está! —exclamó el capitán, con voz crispada—. ¡Perro asqueroso! ¡Asesino!

Allí estaba, en efecto: las balas convergían sin remedio en él. Koster dejó de disparar cuando le vio enderezarse lentamente, trágicamente. Era un hombre alto y elegante, moreno, de cabello un poco gris. O lo había sido. En aquel momento dejaba ya de ser un hombre para convertirse en un montón de carne.

Se desplomó de bruces y rodó escaleras abajo, todas las escaleras, peldaño tras peldaño, hasta el final.

Se quedó inmóvil.

Harry F. Luna había muerto acribillado. Durante una fracción de segundo, Koster se preguntó si el siniestro secreto de sus crímenes no habría muerto con él...

Luego notó que Betty gemía. La miró. Sus manos se crisparon. También la muchacha estaba muriéndose.

—Betty.

La tendió en el suelo y se arrodilló junto a ella. Desgarró sus ropas. Había recibido un balazo en la espalda, a la altura del corazón. Lo recibió cuando corría a su encuentro para protegerle, ¡para salvarle! Porque aquella bala le estaba destinada a él, tenía que destrozarle el corazón a él. En el último instante, Betty le había escudado.

La joven sonreía como una niña.

—¿Qué hacías tú aquí? —preguntó suavemente Koster—. ¿Por

qué te metiste en esto?

—Larry... tenía que meterme... Tú no puedes comprenderlo, no puedes, nunca podrás. Yo le amaba a pesar de todo. Fui en su busca en cuanto me abandonaste. Seguí sus pasos como una perra. Larry. Quería impedir... su último crimen... Creo que lo he logrado. Perdóname, Larry, ¡perdóname!

—No tengo nada que perdonar. Me has salvado la vida... Eh, Betty —la muchacha había cerrado los ojos— Betty, escúchame. Tú y yo somos del mismo barre. Escúchame, Betty.

Koster comprendió de pronto que hablaba por hablar. Ella agonizaba, Se le habían llenado los labios de sangre.

—Larry —su voz brotaba como un lejano susurro—, tengo encima... tanta porquería que lavar... Oye, cuando... cuando vuelvas a la calle Ciento Tres Oeste... salúdala... bésala en mi nombre... Dile que nunca la he olvidado... Cógeme la mano, Larry...

Él le cogió la mano. Fina. Fría.

Un momento después vio aproximarse a Darwin con una mujer en brazos. La mujer se abrazaba a su cuello y lloraba silenciosamente.

—Vive, Koster, ¡vive! —dijo el capitán—. ¡La he encontrado ilesa!

Koster no le contestó.

No podía contestarle, porque estaba rezando.

CAPÍTULO XIV

El coronel Fox carraspeó y se ajustó el monóculo.

—¿Lo ve usted, Darwin? ¿Ve usted ahora cómo todo era cuestión de armarse de paciencia y no perder los nervios? ¡Ha triunfado! ¿Qué me dice?

—No le digo nada —replicó secamente el capitán. Estaba rígidamente sentado ante su jefe, en el despacho de éste en el Cuartel General—. Usted se empeña en no entender que mi trabajo constituyó una cadena de sangrientos fracasos, y que ni siquiera llegué a vislumbrar la verdad. Ha sido necesario un informe del F. B. I.

para que al fin se aclarase todo.

—Usted exagera.

—No exagero. Larry Koster pidió telegráficamente ese informe. Nos llegó cuando Harry Luna ya estaba muerto y el drama había terminado. Decía lo que tenía que decir: quince años antes, en Texas, Luna, un comerciante de caballos, vivió el primer acto de ese drama. Alguien asaltó su casa durante la noche, mato a tiros a su esposa, a su hijo de siete años, y a él se le dejó también por muerto, aunque sólo estaba gravemente herido. Nunca se apresó a los autores del crimen. En realidad, era una rencilla entre cuatreros, un asunto demasiado sucio para que la verdad saliera a luz. Pero Luna tenía sus sospechas, él sabía quién le había saldado las cuentas con sangre: sus rivales, Edwin Butler y su banda, los hombres que rendían «servicios especiales» al Ejército de los Estados Unidos... Cuando Luna curó de sus heridas y quiso vengarse, empero, Butler había ya vendido su negocio y puesto pies en polvorosa. Hasta hace tres meses no localizó el paradero de uno de los asesinos, que era Cyril Blaustein, y a través de él el de los demás. Mató a Blaustein en

Nueva York. Vino a la Guayana en pos de Butler y de Corcoran. Era ingenioso, astuto, cruel. Envío por delante una amenaza, como se la había enviado a Blaustein, para tener a sus dos enemigos como ascuas; pero se presentó en ella, no como Luna, sino como Elíseo Ribera, que fue hace quince años otra de las víctimas de Butler. Éste y Corcoran esperaban a Ribera, le hubieran matado si llega a presentarse aquí. En cambio, Luna se instaló en la ciudad impunemente...

—No puede ser —dijo repentinamente Fox—. Lamento interrumpirle, Darwin, pero eso no puede ser, salvo si Luna vino con un nombre falso. Butler y Corcoran le conocían.

Darwin movió negativamente la cabeza.

—Eso es lo notable, coronel: Luna vino con su verdadero nombre. Butler y Corcoran no le conocían por éste, sin por el de Harry Moon, traducción inglesa de su apellido castellano, que era el nombre, falso entonces, no ahora, que usó en Texas quince años atrás. Físicamente había cambiado mucho. Ni Butler y Corcoran, atentos a la llegada de Ribera, le prestaron la menor atención.

—Comprendo.

—Pero ellos ignoraban, y quizá Luna también, que Ribera murió en 1944. Si
B-29

en que servía como navegante se estrelló contra Alemania durante uno de los últimos bombardeos de Nuremberg. Los informes del F. B. I., son fidedignos.

—Comprendo —repitió Fox.

—Lo que debe usted comprender —dijo Darwin, inclinándose hacia adelante— es que sin el
F. B. I.

y sin Koster yo no hubiera aclarado este embrollo nunca. Ha sido Koster, solamente Koster, quien ha tirado del hilo hasta el final. Es él quien ha descubierto que a Butler le mataron... ¡con radio! Todos nosotros, comenzando por esos condenados médicos, lo teníamos ante las narices, y ninguno de nosotros lo vio. Él lo ha visto.

—¡Hum! —Gruñó el coronel.

—Le ha bastado revisar las conclusiones de la autopsia —añadió apasionadamente el capitán—. Nada de adivinación ni de poderes ocultos. Lógica y experiencia. Usted ha leído mi informe, ¿no es así?

—Lo he leído.

—Entonces conoce ya el modo cómo fue muerto Butler. Harry Luna sabía que el alcaide pasaría dos días completos, sábado y domingo, en su despacho del penal. Sustrajo todas las reservas de radio del Hospital Colonial, se valió el viernes por la tarde del ardid de las reparaciones telefónicas para colocar lo que sería un arma homicida en el aparato del despacho de Butler, esperó a que las radiaciones obraran su terrible efecto y, para asegurarse de que lo obraban, llamó a primera hora de la noche a Butler y le entretuvo con una larga conversación de tema lo bastante interesante para que el alcaide no sintiera tentaciones de colgar. ¡Ésta fue la «indisposición» de que Butler dio reiterados síntomas! Ni veneno ni enfermedades tropicales, sino radio, un agente letal que no deja rastro y que Abraham Hopkins retiró oportunamente, ante mis estúpidos ojos, el lunes por la mañana, del auricular del aparato telefónico. Buen sitio, el auricular: las radiaciones llegan a los principales centros nerviosos rápida y directamente...

»Los signos de muerte por un exceso de radiactividad coinciden punto por punto con los descritos en la autopsia de Butler. Un miligramo de radio por cada setenta kilos de peso del sujeto ocasiona estado febril, aumento del ácido úrico, respiración frecuente, intensa destrucción celular, quemaduras epidérmicas, terribles trastornos internos, y se acaba entre convulsiones. — Darwin se encogió de hombros—. Yo vi todo esto. Yo encontré el trozo de periódico que envolvió la cajita de plomo en que Luna sacó el radio del hospital: dos miligramos y medio, dosis mortífera sin remisión. Sin embargo, fue Koster quien estableció, además de los hechos, su significado.

Darwin calló.

Había sido, por parte de Harry Luna, una gran maniobra, un crimen inteligente y alambicado. El asesinato de Corcoran lo hubiera seguido, y quizá también el de Diana, ¿cómo pudo él pensar que Corcoran acusaba a Diana en su agonía, cuando lo que estaba haciendo era prevenirle para que la salvase? Pero Luna no contó con que los crímenes civilizados no son aptos para países incivilizados. El trópico le venció. La frustrada traición de Abraham Hopkins desencadenó un huracán de fuerzas primitivas, y todo terminó en una orgía de sangre, en la orgía de sangre de una bestia

feroz.

El coronel dijo:

—Me gustaría felicitar a ese muchacho del

F. B. I.

Sugiero que se vengan ustedes, los dos, a cenar esta noche a mi casa.

—Koster se ha marchado.

—¿Cómo?

—En el avión de este mediodía. No he conseguido retenerle. La verdad sea dicha, tampoco he puesto en ello gran empeño.

—¿Por qué no?

Darwin cerró los ojos y vio mentalmente la cara de Koster cuando, la noche anterior, hincado de hinojos, había hecho la señal de la cruz junto a la muchacha muerta. Se estremeció.

—No lo sé —repuso—. Por algo que me dijo, quizá, o por el tono con que lo dijo... «Nunca debí venir a la Guayana», eso fue. «Nunca debieron enviarme. Yo no era el hombre apropiado».

—No lo entiendo.

—No espero que lo entienda.

Fox miró a su subordinado con asombro.

—¿Y usted? ¿Vendrá usted a cenar?

—Yo tengo una cita, señor, lo siento mucho.

—Espero —el coronel carraspeó—, espero, ¡hum!, bien, que ese asunto de su dimisión... que habrá usted reflexionado...

—He reflexionado —asintió Darwin—. Mi dimisión sigue en pie.

—¡Imposible!

—Perfectamente posible, señor —el capitán se levantó lentamente—. Por decirlo así, yo tampoco soy el hombre apropiado. Buenas noches.

Sacó una boquilla dorada y negra. Era nueva, la había comprado hacía unas horas. Insertó un cigarrillo.

Cuando salió abajo, en la calle, una mujer le esperaba sentada al volante de un «Chevrolet» de carrocería rural.

FIN



Jorge o Jordi Gubern i Ribalta fue un novelista y técnico editorial español (Barcelona, 1924-1996).

Usó seudónimos como Bruno Shalter, Esteban Díez, Mark Halloran, Noel Gubre, Pedro Lanuza y William O'Connor.

Era primo de Roman Gubern.

Jorge Gubern Ribalta escribió novelas populares desde los años cuarenta, destacando su personaje Mike Palabras.

Ocupó luego posiciones en el equipo de redacción de editorial Bruguera, convirtiéndose en director de «Gran Pulgarcito» (1970), «Lily» (1970) y «Super DDT» (1973).